

# Edición crítica de una obra rara y olvidada del Siglo de Oro: *Soledades de Aurelia* de Jerónimo Fernández de Mata\*

DAVID GONZÁLEZ RAMÍREZ  
Universidad de Jaén

M.<sup>a</sup> ÁNGELES GONZÁLEZ LUQUE  
Universidad de Jaén

## Resumen

En este trabajo se presenta la edición crítica de *Soledades de Aurelia* (1639) de Jerónimo Fernández de Mata a partir de un nuevo ejemplar descubierto en la Österreichische Nationalbibliothek (Austria). En la presentación se plantean los problemas bibliográficos y la transmisión textual de la obra, que es abordada sucintamente desde sus coordenadas estéticas: metanarratividad y estilo cultista. La edición se completa con un cuerpo de notas en el que se recogen las variantes que presenta la segunda edición (1737) y las enmiendas que los editores han adoptado.

## Abstract

In this paper, we present a critical edition of *Soledades de Aurelia* (1639) by Jerónimo Fernández de Mata based on a new copy recently discovered in the Österreichische Nationalbibliothek (Austria). We explain the bibliographical problems and the textual transmission of this work, addressed from its aesthetic coordinates: metanarrative and cultist style. We complete the edition with the note ensemble that gather the variants belonging to the second edition (1737) and the editors' emendations.



Durante el Siglo de Oro, la novela corta fundamentalmente se difundió impresa y en colecciones, bien propiamente de narraciones (con o sin marco), bien en obras de diferente textura, como el *Galateo español* (¿1582?) de Gracián Dantisco, el *Guzmán de Alfarache* (1599-1604) de Mateo Alemán, el *Quijote* (1605) de Cervantes, *El pasajero* (1617) de Suárez de Figueroa o el *Para todos* (1632) de Montalbán, por espigar un manojo de obras de diferente textura y distantes en el tiempo. Raros fueron aquellos casos en los que las novelas circularon manuscritas; sobresalen las que se escribieron en verso (atribuidas por consenso crítico a Tamariz, aunque hay testimonios en las que aparecen bajo el nombre de fray Melchor de la Serna o de Cairasco de Figueroa<sup>1</sup>), pero también algunas en prosa, como las que contenía el código misceláneo de Porras de la Cámara: *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño* y *La tía fingida* – sea

---

\* Este trabajo se adscribe a las líneas del Equipo de Investigación EI\_HUM6\_2019. Dejamos constancia de nuestro agradecimiento por su lectura y atinadísimas observaciones a G. Carrascón y a J. I. Díez Fernández.

<sup>1</sup> Véase ahora en la monografía de Fradejas Lebrero (2018: 157-158) las consideraciones que vierte sobre varias novelas anónimas en verso tradicionalmente atribuidas al licenciado Tamariz y sobre las incógnitas que se ciernen sobre este nombre.

esta última o no de Cervantes<sup>2</sup>. Inusuales son igualmente los casos en los que las novelas se imprimieron sueltas. En este sentido, llama la atención el ejemplo de Miguel Moreno, autor del que solo conocemos dos novelas que mandó a la imprenta de forma independiente en los años veinte<sup>3</sup>. En estos casos, que haya sobrevivido algún ejemplar no es fácil, en tanto en cuanto los lectores podrían equiparar el texto, de escasa extensión, a otros de carácter circunstancial (no hay más que atender a la realidad de los pliegos de cordel) y desprenderse con una facilidad mayor que si tuviese mayor entidad material.

La novela que rescatamos en este trabajo, *Soledades de Aurelia*, a partir de un nuevo ejemplar descubierto precisamente en la Österreichische Nationalbibliothek (Austria), representa otro ejemplo de esa tendencia minoritaria que fue la de imprimir novelas sueltas<sup>4</sup>. De su autor, Jerónimo Fernández de Mata, probablemente descendiente de una familia cortesana, llegamos a saber muy poco; en el campo de las letras, por la producción que nos ha legado no alcanza ni la relevancia de un segundón. Publicó una obrita titulada *Crates e Hipólita, marido y mujer filósofos* (Madrid, Imprenta Real, 1637), e *Ideas políticas y morales* (Toledo, Juan Ruiz de Pereda, 1640)<sup>5</sup>. Nider (1998: 1108, n. 5) reparó en la dedicatoria a Felipe IV que aparece en *Crates e Hipólita*, donde el autor reconoce lo siguiente: “criados antiguos de V. Magestad fueron mis padres y hermanos, por mercedes de su Rey vivos, en servicio de su Rey acabados”. De unas líneas entresacadas de su dedicatoria a *Ideas políticas y morales* — “No he querido amparo de humano rey, ni de otro algún poderoso, que premie mi ánimo. Vanidades son estas que nunca me movieron y mercedes que con el tiempo faltan, porque en tiempo se hacen” —, Nider entendió que el autor “parece aludir a la escasa ayuda proporcionada por el rey”. Esta actitud casa con la propuesta de desengaño del mundo áulico y elogio de la vida retirada que se plantea en la obra que aquí editamos.

*Soledades de Aurelia* es un librito al que se le ha dedicado escasa atención; uno de los primeros historiadores de la literatura, Ticknor (1854: III, 346), la vinculó a la novela corta del siglo XVII y señaló que por los años treinta “se intentó [...] alguna variación, aunque ligera, en el género”; en este sentido, apuntó que Fernández de Mata había tratado de inspirarle a su obrita — que consideraba “insulsa” y “cansada” — “un carácter religioso”. Unos años después, De Paz (1869: 107), partiendo de la consideración de Ticknor, la incluyó en la estela de los imitadores y continuadores de Salas Barbadillo, junto a otros cultivadores de la novela corta como Eslava, Ágreda y Vargas, Lope, Céspedes y Meneses, Montalbán, Carvajal, etc.; si bien, dictó un duro parecer sobre la obra, al valorarla como una “fábula insulsa, cansada, pero que inaugura el género de la novela religiosa, que luego no dejó de tener imitadores”. Pese a esta catalogación (compartida por Chenot [1980: 69], que consideró el texto uno “de los epígonos de la novela cortesana”), Bourland (1927), en su minucioso trabajo catalográfico sobre el género, no llegó a incluirla. Ferreras (1987: 48), en cambio, entendió que la obra pertenecía a la categoría de la “novela histórica”, en su variante de “novela de santos”; en un panorama muy generalista sobre la novela histórica en España, Mata Induráin (1995: 34) citó el libro de Fernández de Mata entre otros textos que incluyen “historias bíblicas, de bandoleros y de santos”.

Los diferentes acercamientos parciales a la obra han abordado aspectos distintos que sobresalen, como la presencia del ermitaño (Chenot, 1980), la idea del desengaño y abandono del mundo (Marguet, 2014) o la transformación que experimenta la naturaleza (Livet, 2017).

<sup>2</sup> Es muy reciente un notable trabajo a cargo de Lucía Megías (2018) en el que se presenta la transmisión textual de este códice y se da cuenta del descubrimiento de una de las copias conservadas.


<sup>3</sup> De la primera de ellas, *La desdicha en la constancia* (1624), no había ejemplares localizados y se había podido leer a través de la antología que Isidro de Robles hizo en 1666 con el título *Varios efectos de amor en once novelas ejemplares*. En la Österreichische Nationalbibliothek apareció un ejemplar, editado hace unos años por González Ramírez (2012).

<sup>4</sup> Este testimonio se une al único que estaba localizado, cuya inaccesibilidad hacía que los críticos que se han acercado a la obra hayan seguido su lectura a partir de algunas de sus reediciones.

<sup>5</sup> *Crates e Hipólita* fue reeditada por Alonso y Padilla en el siglo XVIII junto a *Soledades de Aurelia*. De *Ideas políticas y morales* no conocemos ninguna edición posterior.

Un trabajo exclusivo a esta obra le dedicó Nider (1998), cuyo fino e inteligente análisis propuso una lectura en clave hagiográfica, aportando sugerentes detalles para conocer mejor la concepción ética de esta novela corta; Ba (2008) ha estudiado algunos recursos formales y ciertos temas tratados por el autor en un artículo de menos alcance.

En cuanto al argumento de la historia que presenta *Soledades de Aurelia*, Chenot (1980: 70-71) lo quintaesenció perfectamente en las líneas que copio a renglón seguido:



Aurelia cuenta cómo se ha retirado de la vida de corte, tras la ausencia de dos amigas: la una, fallecida, víctima de un mal misterioso; la otra, retirada a una clausura. Ella se retira al campo, y tras una primera invocación a las santas eremíticas, pide consejo a un ermitaño quien le guía en su ansia de perfección. Nisa, amiga y nodriza, le trae cartas de la corte solicitándole que vuelva a ella. En un roble halla unos papeles con un rótulo “Aquí yacen los desengaños de Fidenia”, y así se entera de la historia de aquella: tras unos amores contrariados huye con su amante a una aldea y es abandonada por este; ella se refugia en el valle y al volver el amante a solicitarla, le rechaza prefiriendo quedarse en las soledades llevando vida de penitencia. Durante un paseo Aurelia ve a un grupo de cazadores persiguiendo un jabalí; entre ellos está un antiguo pretendiente que la reconoce, ella huye. Con Nisa descubre la choza que sirve de refugio a Fidenia: esta les cuenta brevemente su historia, confirmando lo que ya leyeron en los papeles escondidos en el roble. Dos mozos traen en andas el cuerpo del ermitaño muerto; alabanzas de Fidenia; Nisa reconoce el auténtico bien y cuán certera ha sido la elección de Aurelia.

Es evidente que la historia-marco, protagonizada por Aurelia, sirve para embutir otros discursos. Nider (1998: 1109) detectó muy hábilmente una estructura “divisible en tres partes de igual extensión”. La primera se compone de un relato retrospectivo de la protagonista, Aurelia, en el que justifica su huida a las soledades; continúa una invocación a la Magdalena y el encuentro con un viejo ermitaño (otrora soldado), en cuyo discurso, en el que bordea los peligros de la vanidad de la honra, narra su experiencia biográfica. Una carta para persuadir a Aurelia de que regrese a la corte escrita por una amiga —seguida por la respuesta que Aurelia le transmite a Nisa, su aya— clausura esta primera parte. La siguiente se inaugura con una descripción paisajística: el valle en el que se encuentra Aurelia. En este lugar descubre una pieza manuscrita, firmada por Fidenia, una mujer que igualmente se había retirado a la paz de los desiertos siguiendo el ejemplo de santa María Egipcíaca e invocando a san Juan Bautista. La reproducción de esta carta —en la que Fidenia narra un rapto sufrido, revela su desengaño del mundo y su intención de imitar a las arrepentidas— ocupa toda la segunda parte (y más de un tercio sobre el total), y puede considerarse como una narración interpolada que comparte algunos de los rasgos prototípicos de la novela corta del siglo XVII: huida de la joven y rapto (presentes también en el romancero fronterizo, la comedia nueva o la novela griega). Quizá el final, de carácter espiritual, sea lo más novedoso de esta novelita inserta. En la tercera y última parte, Aurelia tiene una aparición: la Verdad se revela anunciándole un peligro. Esto, y el hecho de encontrarse fortuitamente con Fidenia, será determinante para que Aurelia asuma su condición de ermitaña. Antes del cierre, aparece un grupo de personas que trasladan el cuerpo yacente de un ermitaño. Con las palabras de Nisa, que aprecia la resolución de Aurelia, se clausura la obra.

Es inevitable que esta diseminación de historias secundarias que complementan a la principal provoque que la novela carezca de una acción narrativa que pueda generar intriga en el lector, pues en realidad la historia principal funciona como sutil marco para encajar otros relatos que se articulan como variantes sobre un mismo denominador común: el *contemptus mundi*. A modo de teselas de un mosaico, cada narración se torna más bien como la exteriorización de un sentimiento, donde el alma humana encuentra su espacio de expresión. Podríamos considerar el texto, a partir de la concepción estoicista que revela, como una novela ascética,

en la que los personajes que adquieren protagonismo manifiestan una visión senequista de la vida.

A diferencia de la sátira anticortesana —recuérdense los casos, en la tradición española, de Castillejo o Guevara—, en cuyo discurso se levantaba una amarga queja contra las ambiciones y las vanidades cortesanas, en *Soledades de Aurelia* convive esta denuncia de los males palaciegos (es muy significativo el pasaje en el que figuran cuadros que describen la caída de varones ilustres) con un discurso íntimo en el que se entona un elogio a la vida retirada y la paz de los desiertos. Al analizar las diferentes historias con mayor mesura, Nider (1998: 1110) entendió que “son variaciones sobre el mismo recorrido iniciático, y presenta cada una su doble vertiente ritual y desacralizada”. El autor se sirve de una amplia gama de recursos narrativos para sazonar la historia en la que Aurelia narra su relato autobiográfico —que es completado en diversos momentos, como cuando recibe la carta de su amiga o cuando descubre a su antiguo pretendiente—: intercala otros discursos en primera persona —como el del ermitaño y el de Fidenia—, epístolas, un manuscrito descubierto y una aparición en forma de alegoría.

Con las voces de diferentes personajes armonizadas en el texto —unas veces intercaladas de forma directa y otras indirectamente—, el autor culmina una obra híbrida en la que destaca, además de su carácter metanarrativo, la poetización de su prosa. Fernández de Mata subordina el estilo narrativo a la cadencia lírica, con todo lo que supone a nivel sintáctico. En el ritmo del texto, abundan los encadenamientos de endecasílabos (“dichoso el que os conozca y persevere / las horas del descanso dilatadas”) y heptasílabos (“Sabiduría eterna, / tu decreto se cumpla; / mas luego, ejecutado, / retírame del mundo”; “cortémosle las alas, / ni a mi llama reciente / toquen sus leves soplos”), de raíz culta y sabor italianizante<sup>6</sup>. En muchas ocasiones el texto alcanza cierta sonoridad por las rimas internas (“en las frecuentes [...] adorno suficiente”) y las aliteraciones (“vengan vuestros vientos suaves”).

Tal escritura poética se adentra plenamente en los principios del cultismo. Aunque Nider (1998: 1108, n. 6) detectó algún resabio antigongorino en Fernández de Mata<sup>7</sup>, el autor de *Soledades de Aurelia* adopta fórmulas estilísticas de manifiesta herencia gongorina: ausencia de determinantes, conjunciones y preposiciones, abundancia de construcciones yuxtapuestas, asíndeton, elipsis, retruécanos, hipérbatos, etc. En la acalorada polémica que se mantuvo durante el siglo XVII a propósito de la oposición entre claridad y oscuridad, Fernández de Mata opta claramente por esta última tendencia, retorciendo sintácticamente la oración y buscando a un lector cómplice que complete el sentido gramatical de muchas de sus estructuras<sup>8</sup>. No son pocas las ocasiones en las que la sintaxis oscurece de tal modo el pasaje que exige una atención doble por parte del lector para aprehender el sentido (o los sentidos) del texto.

<sup>6</sup> Estas combinaciones se dan en las liras, las estancias y las silvas; es llamativa también la combinación de estos metros en muchas partes del texto (“quién vio que las alambicases, / ni atendieses al grado de prudencia, / que tal obra requiere, / ni a purgar la malicia que le daña? / Eres toda distinta, / patente a la razón”; “Cüando todos con señales tristes / traen a la memoria sus difuntos, / cubriendo los sepulcros / con funeral adorno, / verás que con ejemplo / de mayor lealtad cubran mis ojos / el venerado túmulo en que yaces”). Le agradezco a Guillermo Carrascón la advertencia sobre estos rasgos métricos que destacan en la novela.

<sup>7</sup> Nider (1998: 1108, n. 6) llegó a esta conclusión por la lectura de un manuscrito conservado en la BNE donde Fernández de Mata vertió una crítica al romance “«En esta mansión Philipe» dedicado «a la montería de su Magestad en Ventosilla» cuyo juicio le había sido requerido por un amigo”.

<sup>8</sup> A la influencia del gongorismo en la novela corta le dedicó su tesis Bonilla Cerezo (2005). Ahora es imprescindible también la lectura de su antología (2010), en cuyo estudio preliminar advierte no solo cómo la polémica de la oscuridad frente a la claridad lingüística también tuvo una importante resonancia en los cultivadores de la novela corta, sino que también algunos autores, como el caso de Juan de Piña o Sanz del Castillo, practicaron un estilo cultista.

El título de la obra ya representa un evidente tributo a la obra de Góngora que más opiniones encontradas suscitó: *Soledades* (1613). Uno de los puntos más cuestionados del poema fue precisamente la tendencia estética a lo descriptivo, donde la acción se diluye en una ética de exaltación de lo íntimo. En este sentido, Fernández de Mata se ajusta a la perfección a esa fórmula que funde ética y estética. En su novela, se detecta el reflejo de las *Soledades* gongorinas en los rasgos estilísticos, en las construcciones sintácticas, pero muy particularmente también a través de la ideología que transmite el texto. La oposición soledad/corte, que es la esencia de *Soledades de Aurelia*, se ve también en el itinerario del peregrino de Góngora. La frase que pronuncia en un momento determinado Aurelia —“desengaños me traen a soledades” —, encierra el espíritu del canto que entona el peregrino en la soledad segunda. De esta disyuntiva (corte/soledad) derivan tantos otros temas que relacionan una obra y otra, como por ejemplo el del *tempus fugit* o el de la lisonja, tan reiterado este último en *Soledades de Aurelia* y que constituye también un asunto de importancia en Góngora: “¡Oh, cuánta al peregrino el amebeo / alterno canto dulce fue lisonja!” (II, vv. 626-627), se lee en las *Soledades* (1994: 509).

Esta ecuación poética, que conjuga cultismo, elogio de la soledad y menosprecio de corte, tuvo en los años posteriores cierta fortuna, precisamente en poetas que estaban en la órbita gongorina, como Espinosa o Soto de Rojas. El primero compuso su *Epístola II* titulada *A Heliodoro o Soledad del Gran Duque de Medina Sidonia* (ca. 1623), en la que encontramos una clara invitación a la soledad: “Oh soledad, del bien acompañada, / y así, de la ambición mal conocida: / si en la ciudad se abrevia mal lograda, / bien lograda se alarga en ti la vida. / Restitúyase a sí, tan bien ganada / cuanto se urtó en Corte, mal perdida: / por hallarme, te busco sin estruendo; venza otro peleando; yo, huyendo” (1975: 145-146, vv. 201-208). En este poema, “[l]a totalidad del discurso apologético a una Naturaleza deificada es tejida alternativamente por cuadros plenamente barrocos que se disgregan en varios planos pictóricos presentando simultáneamente tres escenas independientes” (Domínguez García, 2008: 322). Algunas décadas después, Soto de Rojas, que en la “carta misiva al lector” que precede a sus *Rayos de Faetón* (cuya publicación data del mismo año de *Soledades de Aurelia*: 1639) se refirió a que fueron sus jardines los que le redimieron “de las tormentas y borrascas de la corte” (1996: 58), compuso su *Paraíso cerrado para muchos, jardines abierto para pocos* (1652) “teniendo como impulso espiritual determinante [...] un análogo sentimiento [al que muestra Góngora en sus *Soledades*]; un sentimiento de desilusión y desengaño. [...] Los dos poemas surgen en lo esencial de una huida y menosprecio de la vida de la corte; los dos recogen la ilusión de vida de soledad buscada en el rincón de la ciudad natal” (Orozco Díaz, 2010: 171).

En esos años en los que Soto de Rojas acabó su *Paraíso cerrado* se publicó otra importante obra (en la que se mezcla la prosa y el verso), *Soledades de la vida y desengaños del mundo* (1658) de Cristóbal Lozano, que tuvo una enorme difusión en los siglos XVII y XVIII; la deuda que este escritor —cultivador también de novelas cortas— contrajo con la que aquí editamos está aún por estudiar (como lo está igualmente la que se vincula con la poética cultista), pero son muchos los hilos que se entretajan entre ambas. Las dos contienen una morfología similar, en la medida en que a la historia horizontal se le van añadiendo relatos verticales, que suspenden la acción de la narración principal. El tema que planea sobre los dos libros es el del elogio de la vida retirada, pero después hay otros muchos aspectos, a nivel de forma y de contenido, compartidos: el encuentro con unos pastores, la visión, la entrega al servicio a Dios, la notable presencia de epístolas, el encarecimiento de la naturaleza e incluso el estilo cultista (que se advierte mejor en la ‘Soledad segunda’, escrita en verso íntegramente).

Finalmente, en *Soledades de Aurelia* se percibe una especial inclinación por una tendencia tan barroca como la éfrasis, en especial por el detallismo paisajístico. Orozco Díaz (2010: 164) se refirió a la “orientación” pictórica que en buena medida caracterizó el Barroco, lo que favoreció “la entrada del cuadro de paisaje, de naturaleza, perspectivas e interiores y asimismo la visión próxima de los elementos de la Naturaleza como las frutas y flores e incluso de las cosas

correspondientes al mundo de lo artificial e inanimado”. Livet (2017) le ha prestado atención al elemento de la naturaleza en *Soledades de Aurelia*; el texto, que permitiría un análisis más detenido desde la teoría ecocrítica, presenta numerosos detalles que merecerían glosarse, como la alegoría cósmica en la que se contempla el universo desde un prado en una noche en la que los planetas bailan y son acompañados por las Pléyades (las siete hermanas hijas de Atlas). El ambiente eclógico que tiene todo el texto se ve notablemente reforzado con los versos que aparecen al final: “Cuán bienaventurado / aquel puede llamarse / que con la dulce soledad se abraza”. Hallamos aquí una clara intertextualidad con la égloga II de Garcilaso, a quien pertenecen estos versos (así se inicia el canto de Salicio). De su fortuna – están entre los más imitados en el Siglo de Oro –, encontramos en *Pastores de Belén*, de Lope de Vega, una de las muestras más representativas: “¡Cuán bienaventurado / aquél puede llamarse justamente / que, sin tener cuidado / de la malicia y lengua de la gente, / a la virtud contraria, / la suya pasa en vida solitaria!” (1984: 350-351). Acrisolan estos versos el sentido último del famoso épedo horaciano que comienza “*Beatus ille qui procul negotiis*”, muy difundido por Alonso Mendoza en sus *Tres libros de música*. El eco llegó, como no podía ser de otra forma, a las *Soledades* de Góngora: “¡Oh bienaventurado / albergue, a cualquier hora, / Templo de Pales, alquería de Flora!” (I, vv. 94-96; 1994: 217-219). Estas sumarias notas dan cuenta de cómo Fernández de Mata terció en la querrela sobre el cultismo, que en los años treinta vivía un momento álgido, para romper una lanza a favor de Góngora y sus obras, especialmente de sus *Soledades*, con la que comparte su visión desencantada del mundo, su retiro a un lugar alejado del mundanal ruido y su canto por la placidez de la soledad.

## 1. TRADICIÓN TEXTUAL

*Soledades de Aurelia* se publicó originariamente en Madrid y prácticamente todos los inventarios y repertorios fechan su edición príncipe en 1639. Ticknor (III, 346), sin duda por error, dató el texto en 1637, y sus anotadores (Gayangos y De Vedia), en una referencia al pie, apuntaron la fecha de 1638 (que es la data de una de las aprobaciones); esto fue suficiente para que historiadores de la literatura como Cejador (1916: 144) o críticos literarios como Chenot (1980) o Nider (1998) –esta última combinándolo con 1639– hayan señalado 1638 como el año de nacimiento del texto de Fernández de Mata. Recientemente, Alfaro Torres (2002: 106), en su trabajo catalográfico sobre la imprenta en Cuenca, consignó una impresión de 1618, editada en esa ciudad, sin aportar más datos al respecto. Se han hecho eco de esta edición Wilkinson y Ulla Lorenzo (2015: 1266), indicando sin embargo “no known surviving copy” de ella. Nuestros rastreos no han podido constatar ninguna de estas informaciones; sin embargo, en relación a la noticia de Alfaro Torres, hay que subrayar que las tres obras de Fernández de Mata conocidas se publicaron en un arco cronológico muy reducido (de 1637 a 1640), por lo que aceptar una edición publicada veinte años antes parece muy improbable; entendemos, por tanto, este registro (así como las noticias de Ticknor y sus comentaristas) como erróneo<sup>9</sup>.

Sabíamos por los repertorios que *Soledades de Aurelia* salió del taller de Catalina de Barrio y Angulo; por la portada también podemos presumir que apareció a su costa, pues no existe otra indicación sobre el editor; esta impresora fue una de las tantas viudas que se quedaron al frente de la imprenta a la muerte de su marido. Lo había sido primero de Fernando Correa de Montenegro, tras cuyo fallecimiento Catalina de Barrio firmó algunas impresiones como “viuda”, según podemos ver en el *Memorial y relación para su majestad del procurador general de las Filipinas* (1621) de Hernando de los Ríos Coronel, *Nobiliario genealógico de los reyes y títulos*

<sup>9</sup> La ristra de errores en torno a la fechación de la edición príncipe no acaba aquí; en historias de la literatura se han difundido estas y otras dataciones, como por ejemplo en la de Álvarez Barrientos (1991: 44), que le atribuye el año 1627. No seguimos enumerando otros errores de este tipo. Anotamos aquí que Nicolás Antonio (1999: I, 574), en la entrada dedicada a Fernández de Mata, tan solo consignó en su catálogo su diálogo *Crates e Hipólita*.

de España (1622) de Alonso López de Haro, el *Modo de procesar en la Inquisición* de Pablo Garcí (1622) o el *Teatro popular, novelas morales* (1622) de Francisco de Lugo y Dávila<sup>10</sup>. Posteriormente, contrajo matrimonio con el importante impresor Juan González<sup>11</sup>; de la misma forma que en la anterior ocasión, Catalina de Barrio se hizo cargo del taller cuando este falleció, firmando sus impresiones con la tradicional fórmula: “Viuda de”. Sin embargo, a finales de esa década varias obras ya llevan su nombre, como *Soledades de Aurelia* o *Flor de sainetes* (1640) de Francisco de Navarrete y Ribera<sup>12</sup>.

La obra que aquí editamos fue recuperada por Alonso y Padilla en 1737<sup>13</sup>. Pese a que Ripoll (1991: 83, n. 138) indicó que esta edición “no lleva aprobación ni censura, únicamente una licencia (sin fecha) al impresor”, el texto contiene al final la aprobación del padre Agustín de Castro (1737: 151-152), firmada en 1638 para la primera edición<sup>14</sup>. A partir de la consulta directa de la edición príncipe constatamos que esta reedición se hizo a plana y renglón hasta el cuadernillo I; y en los dos últimos (I y K) casi se siguió a plana (incluso algunas coinciden), tanto que el número de folios no varió entre una y otra<sup>15</sup>. También nos permite comprobar la fidelidad a la letra del impresor al que le confió la tarea Alonso y Padilla, que trabajó con sumo cuidado para respetar la lectura del original<sup>16</sup>. Nos parece sugerente resaltar aquí que este editor publicó su proyecto editorial —en el que esperaba publicar cien obras en prosa— a través del *Catálogo de libros entretenidos de novelas, cuentos, historias y casos trágicos para divertir la ociosidad*, probablemente la empresa antológica más ambiciosa para rescatar obras (principalmente del Siglo de Oro, y no solo nacionales) ligadas a la narrativa breve<sup>17</sup>. De haber salido completa, la narrativa breve del Siglo de Oro —obras de Liñán y Verdugo, Salas Barbadillo, Castillo Solórzano, etc.— hubiese tenido una consideración diferente en la historia literaria, pero el proyecto fue abortado cuando apenas había cumplido con una parte mínima de sus aspiraciones.

Tras esta edición, la única que conocemos es la publicada en la imprenta de Juan Pueyo y cuyo prólogo está firmado en 1918. Por el título que ostenta y las calas que hemos hecho,

<sup>10</sup> Esta última obra, una colección de novelas, la había dejado su autor preparada en 1620 y tenía las licencias concedidas, pero por sus vicisitudes personales (emigró al Nuevo Mundo) se quedó sin editar y fue su hermano quien culminó el proceso de publicación, negociando con Alonso Pérez, que la mandó al taller de Correa de Montenegro, regentado en ese momento por su viuda, Catalina de Barrio.

<sup>11</sup> Según las noticias acopiadas por Pérez Pastor, de las que se hizo eco Delgado (1996: I, 289-290), este impresor trabajó en el taller de Luis Sánchez, y su breve actividad (interrumpida por su repentino fallecimiento en 1633) comenzó cuando metió en moldes el *Poema del español Gerardo* de Céspedes y Meneses (1623). Cuidó también las impresiones de importantes autores de los años veinte y treinta: textos de Bocángel, Alarcón, León Pinelo, Lope de Vega o Góngora (editó su *Polifemo* comentado por Salcedo Coronel) pasaron por su taller.

<sup>12</sup> Aunque sabemos que contrajo nupcias por tercera vez con otro impresor, Alonso Martín (con quien tuvo un hijo, Juan Martín del Barrio), no hemos localizado más noticias sobre su actividad impresora en los años cuarenta.

<sup>13</sup> SOLEDADES | DE AVRELIA. | AHORA AÑADIDO EL LIBRO. | intitulado: Crates, y Hiparchia, | marido, y muger Philosophos | antiguos. | AMBOS POR DON GERONIMO | Fernandez de Mata. | Segunda | [ESCUDO DEL IMPRESOR] | impresión | Año de | [ESCUDO DEL IMPRESOR] | 1737. | CON LICENCIA: En Madrid. A costa de Don | Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara | de su Mag. Se hallará en su Imprenta, y Librería | Calle de Santo Thomàs, junto al Contraste. En 8º. 4 fols. + 152 pp. ¶<sup>8</sup> A-I<sup>8</sup>, K<sup>4</sup>.

<sup>14</sup> Se trata del mismo censor que firmó la aprobación de *Crates e Hipólita*.

<sup>15</sup> El último cuadernillo de la reedición tiene cuatro folios (y no tres, como la príncipes) por el añadido de la aprobación citada.

<sup>16</sup> Las variantes son principalmente de carácter grafemático. Se trata de una edición muy pulcra a nivel textual que destaca por su respeto integral a la príncipes.

<sup>17</sup> Junto a obras canónicas como la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, el *Guzmán de Alfarache* de Alemán, el *Quijote* de Cervantes o los *Diálogos de amor* de León Hebreo, aparecían otras de menor entidad literaria, como propuesta de recanonización literaria; se publicaron, por ejemplo, junto a las dos obras de Fernández de Mata, la *Historia trágica de Leonora y Rosaura* de Fernández de Ondatigui o el *Poema trágico del español Gerardo* de Céspedes y Meneses. También otras que la historia literaria ha marginado, pero que gozaron de un gran éxito editorial durante el siglo XVII, como las *Soledades de la vida y desengaños del mundo* de Lozano. Este catálogo fue editado y comentado por Ripoll y De la Flor (1991: 75-97); sobre este editor y su catálogo, es muy iluminador el estudio de Baker (2003).

partió del texto costado por Alonso y Padilla: *Soledades de Aurelia. Novela escrita a primeros del siglo XVII, con un interesante catálogo de libros entretenidos*<sup>18</sup>. Concluimos este repaso a la tradición textual de la obra de Fernández de Mata con el anuncio que hace solo unos años hizo Fernández Melgarejo (2016: 60), quien avanzó que Eugenio Maggi estaba trabajando en la edición de esta obra.

## 2. UN NUEVO TESTIMONIO DE UNA EDICIÓN RARA Y (CASI) DESCONOCIDA

Ripoll (1991: 83) manifestó que de la edición príncipe “no se conserva ningún ejemplar”; hace solo unos años Ba (2011: 63) señaló que la princeps “no aparece por ninguna parte”. Todos los estudiosos modernos que han manejado el texto para estudiarlo han tenido a mano la edición cuidada por Alonso y Padilla, incluida Nider (1998: 1109, n. 7), quien ha sido la única en acceder a la reproducción de la dedicatoria del “único ejemplar conocido conservado en la Hispanic Society”. Este testimonio, en efecto, ya había sido registrado por Penney (1938: 236) en su catálogo.

Hemos localizado otro ejemplar de esta rara edición, depositado en la Österreichische Nationalbibliothek (Viena, Austria), actualmente accesible en Google Books. El testimonio encontrado, conservado en óptimas condiciones, confirma los datos de edición que los bibliógrafos ya habían consignado, pero la disponibilidad de este ejemplar nos permite conocer los detalles administrativos (aprobaciones, tasa, etc.), cuyos indicios, por la aprobación del padre Agustín de Castro, sabemos que se iniciaron en 1638, un año antes de su impresión – la fecha de la tasa, 1636, obedece claramente a un descuido –. Además, el texto original también contiene una dedicatoria del autor que la historia editorial (porque Alonso y Padilla la omitió) nos ha hurtado.

Indicamos a continuación la descripción bibliográfica del volumen, la localización del ejemplar y los registros catalográficos:

SOLEDADES | DE AVRELIA. | A VNA ILVSTRE | señora, gloria inmortal de | su patria. | POR DON GERONIMO | Fernandez de Mata | [MARCA DEL IMPRESOR] | CON PRIVILEGIO. | [FILETE] | En Madrid. Por Catalina de Barrio, | y Angulo, año de 1639.

Descripción externa: 8º. 4h + 75 ff. Sign.: [ ]<sup>4</sup>, A-I<sup>8</sup>, K<sup>3</sup>.

Descripción interna: h. [1r]: Portada («Soledades de Aurelia»); h. [1v]: Suma del privilegio (9 de marzo de 1639), fe de erratas (2 de mayo de 1639) y tasa (16 de mayo de 1636 [sic]); hh. [2r-2v]: Aprobación del padre Agustín de Castro (10 de mayo de 1638); hh. [3r-3v]: Aprobación de don Alonso de Guevara y Arellano (s.f.); hh. [4r-4v]: Dedicatoria: «A una excelente virtud y ingenio nunca dignamente alabado» (s.f.); ff. [1r-75v]: Texto («Soledades de Aurelia, por don Jerónimo Fernández de Mata»).

Errores de foliación: 1 por 10, 63 por 61 y 61 por 63.

Localización: Österreichische Nationalbibliothek (Viena, Austria): 17.J.43 [En línea: Google Books]; Hispanic Society.

Referencias bibliográficas: Gallardo (1866: II, 1015-1016). Salvá ([1872] 1963: II, 139) Moreno Garbayo (1935); Cejador (1916: V, 144); Penney (1938: 236); Palau (1923-1927:

<sup>18</sup> Se anunció como cuarta impresión, pero solo tenemos hasta ahora tres constatadas. Es probable que asumiese la noticia de Cejador (cuya *Historia* salió un par de años antes), que fechó el texto en 1638, y sumase por tanto una edición más.



V, 329); Formichi (1976: 97); Simón Díaz (1976: XI, 404); Ripoll (1991: 83); Wilkinson y Ulla (2015: 1266).

### 3. CRITERIOS DE EDICIÓN

En la edición que ofrecemos hemos modernizado la ortografía conforme a las reglas actuales y adoptado un criterio homogéneo en el uso de mayúsculas y minúsculas. Hemos desarrollado las abreviaturas, hemos corregido las separaciones silábicas cuando era necesario — respetando siempre las contracciones —, y hemos enmendado algunas erratas que presenta la princeps, pues el texto, en general, se imprimió con un gran cuidado editorial. En aquellos casos en los que intervenimos en el texto, siempre hemos dejado constancia a través de corchetes o en notas al pie (en caso de que los consideremos discutibles). La puntuación se ha acomodado al sentido del texto; si bien, es preciso incidir en que el estilo cultista que practica Fernández de Mata ha supuesto un escollo no fácil de resolver en muchas ocasiones.

En cuanto al sistema gráfico, hemos tratado de seguir un criterio que armonice la conservación de valores fonéticos que tienen interés para la historia de la lengua (como las fluctuaciones vocálicas, los grupos consonánticos cultos, los arcaísmos, etc.) y la modernización de aquellas variantes grafemáticas sin relevancia lingüística en el siglo XVII — nos referimos a las variaciones entre los grupos /s-ss-f/, /j-x-g/ y /c-z-ç/, /s-x/, las duplicaciones como 'honrren' o 'exceso', el uso de *h*, etc. Naturalmente, hemos respetado algunas fórmulas propias de la lengua del Siglo de Oro, así como otros rasgos lingüísticos del autor. En la colación entre la princeps (*M*) y la edición dieciochesca (*M2*) la mayor parte de las variantes no tiene relevancia textual (oscuro/oscuro, envidia/envidia, dél/de él, yelo/hielo, alcaide / alcalde), por lo que prescindimos de indicarlas en notas al pie (tampoco registramos, naturalmente, las erratas que suma esta edición), que quedan reservadas para estas cuestiones de naturaleza textual. Como *deterior* que es, las escasas variantes significativas que presenta *M2* son errores de lectura. Por último, con el fin de distinguir entre los diferentes niveles narrativos, las epístolas que se intercalan aparecen con diferente tipografía.

### Bibliografía citada

- ALFARO TORRES, Paloma (2002) *La imprenta en Cuenca (1528-1679)*, Madrid, Arco/Libros.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (1991) *La novela del siglo XVIII*, en *Historia de la literatura española*, ed. R. de la Fuente, Madrid, Ediciones Júcar.
- ANTONIO, Nicolás [1696] (1996) *Bibliotheca hispana nova*, 1-2, Madrid, Visor.
- BA, Tapsir (2008) "Soledades de Aurelia (1737) de Jerónimo Fernández de Mata: forma y sentido" en Antonio Azaustre Galiana y Santiago Fernández Mosquera, coords., *Compostella aurea. Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro (AISO)*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 63-71.
- BAKER, Edward (2003) "El impresor Alonso y Padilla y el *Cathálogo de Libros Entretenidos de 1737*", en Jesús Antonio Martínez Martín, ed., *Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX)*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 65-84.
- BONILLA CEREZO, Rafael (2005) *Lenguas de templado fuego: el gongorismo en la narrativa del siglo XVII* [Tesis doctoral], Córdoba, Universidad de Córdoba.
- , ed. (2010) *Novelas cortas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra.

- BOURLAND, Carolina B. (1927) *The Short Story in Spain in the Seventeenth Century, With a Bibliography of the Novela From 1576 to 1700*, Northampton, Smith College [Editada facsimilarmente en Nueva York, Burt Franklin, 1973].
- CEJADOR Y FRAUCA, Julio (1916) *Historia de la lengua y literatura castellana*, 5, Madrid, Imprenta Radio.
- CHENOT, Béatrice (1980) "Presencia de ermitaños en algunas novelas del Siglo de Oro", *Bulletin hispanique*, 82, 1-2, pp. 59-80.
- DELGADO CASADO, Juan (1996) *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, 1-2, Madrid, Arco/Libros.
- DOMÍNGUEZ GARCÍA, Tania (2008) *Hermenéutica del discurso poético espiritual en Pedro Espinosa*, Málaga, Universidad de Málaga.
- ESPINOSA, Pedro (1975) *Poesías completas*, ed. F. López Estrada, Madrid, Espasa-Calpe.
- FERNÁNDEZ DE MATA, Jerónimo (1639) *Soledades de Aurelia*, Madrid, Catalina de Barrio y Angulo.
- (1737) *Soledades de Aurelia. Ahora añadido el libro intitulado Crates y Hiparquía, marido y mujer, filósofos antiguos*, Madrid, Pedro Joseph Alonso y Padilla.
- (s.a.) [1918]. *Soledades de Aurelia. Novela escrita a primeros del siglo XVII, con un interesante catálogo de libros entretenidos*, Madrid, Juan Pueyo.
- FERNÁNDEZ MELGAREJO, Patricia (2016) *Historia de amor y celos en la novela corta del siglo XVII* [tesis doctoral], Córdoba, Universidad de Córdoba.
- FERRERAS, Juan Ignacio (1087) *La novela en el siglo XVII*, Madrid, Taurus.
- FORMICHI, Giovanna (1976) "Bibliografia della novella seicentesca", *Lavori ispanistici*, 3, pp. 5-105.
- FRADEJAS LEBRERO, José (2018) *Trayectoria de la novela corta en el siglo XVI*, ed. D. González Ramírez, umbral de G. Carrascón, con textos complementarios de J. M. Pedrosa, J. M. Fradejas Rueda, D. González Ramírez y M.<sup>a</sup> Á. González Luque, Torino, Academia University Press.
- GALLARDO, Bartolomé José (1968) [1866, 1869, 1888 y 1899] *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, 1-4, Madrid, Gredos.
- GÓNGORA, Luis de (1994) *Soledades*, ed. R. Jammes, Madrid, Castalia.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, David (2012) "Una novela corta del Siglo de Oro rescatada: *La desdicha en la constancia* (Madrid, 1624) de Miguel Moreno", *Voz y letra*, 23, 1, pp. 25-66.
- LIVET, Caroline (2017) "Le jardin hors du cadre. La nature transformée dans quelques romans longs du XVII<sup>e</sup> siècle", *L'Âge d'or*, 10, pp. 1-15.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2018) "El código Porras (casi) recuperado (la copia del Cigarral del Carmen de *La tía fingida*)", *Anales Cervantinos*, 50, pp. 333-351.
- MARGUET, Christine (2014) "Roman de la crise et crise du roman dans l'Espagne au tournant des années 1640. Une poétique du retrait", *HispanismeS*, 4, pp. 15-25.
- MATA INDURÁIN, Carlos (1995) "Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica", en Ignacio Arellano, Kurt Spang y Carlos Mata, eds., *La novela histórica. Teoría y comentarios*, Pamplona, Eunsa, pp. 13-63.

- MORENO GARBAYO, Justa (1999) *La imprenta en Madrid (1626-1650): materiales para su estudio e inventario*, ed. F. de los Reyes Gómez, Madrid, Arco/Libros.
- NIDER, Valentina (1998) "Las *Soledades de Aurelia* de Fernández de Mata: ¿una novela hagiográfica?", en M.<sup>a</sup> Cruz García de Enterría y Alicia Cordón Mesa, eds., *Actas del IV Congreso Internacional de la AISO, 2, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares*, pp. 1107-1118.
- OROZCO DÍAZ, Emilio (2010) "Introducción a un poema barroco granadino (De las *Soledades gongorinas* al *Paraíso* de Soto de Rojas)" [1955], en *Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española*, ed. J. Lara Garrido, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 139-228.
- PALAU Y DULCET, Antonio 1990 [1923-1927], *Manual del librero hispano-americano*, 1-7 Madrid, Julio Ollero Editor.
- PAZ, Abdón de (1869) "La novela española. Estudio histórico-filosófico desde su nacimiento hasta nuestros días", *Revista de España*, 10, pp. 98-116.
- PENNEY, Clara L. (1938) *List of books printed 1601-1700 in the Library of the Hispanic Society of America*, New York, Order of The Trustees.
- RIPOLL, Begoña (1991) *La novela barroca. Catálogo bio-bibliográfico (1620-1700)*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Ricardo y Begoña RIPOLL (1991) "Los cien 'Libros de novelas, cuentos, historias y casos trágicos' de Pedro Joseph Alonso y Padilla", *Criticón*, 51, pp. 75-97.
- SALVÁ Y MALLÉN, Pedro (1963) [1872] *Catálogo de la biblioteca de Salvá*, 1-2, Barcelona, Instituto Porter de Bibliografía Hispánica.
- SIMÓN DÍAZ, José (1976) *Bibliografía de la literatura hispánica*, 11, Madrid, CSIC.
- TICKNOR, George (1851-1856) *Historia de la literatura española*, traducida al castellano, con adiciones y notas críticas por P. de Gayangos y E. de Vedia, 1-4, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.
- VEGA, Lope de (1984) *Poesía selecta*, ed. A. Carreño, Madrid, Cátedra.
- WILKINSON, Alexander Samuel y Alejandra ULLA LORENZO (2015) *Iberian Books Volumes II & III / Libros Ibéricos Volúmenes II y III*, Netherlands, Brill.



*Soledades de Aurelia*

A una ilustre señora, gloria inmortal de su patria

Por don Jerónimo Fernández de Mata



En Madrid, por Catalina de Barrio y Angulo, año de 1639

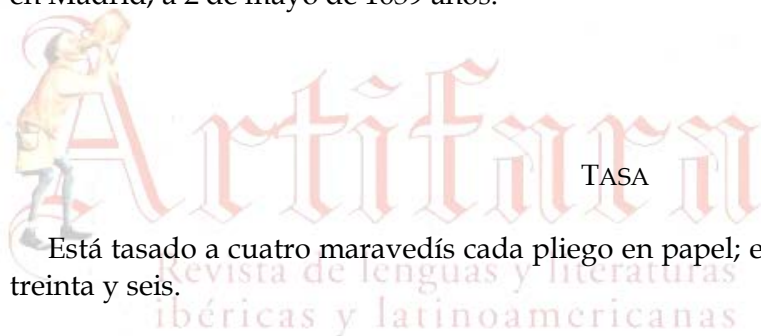
## SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene privilegio por diez años don Jerónimo Fernández de Mata para imprimir este libro intitulado *Soledades de Aurelia*, como consta del privilegio original. Su fecha en Madrid, a 9 días del mes de marzo de 1639 años, y está refrendado de don Sebastián Contreras, secretario del rey Nuestro Señor.

## FE DE ERRATAS

Este libro intitulado *Soledades de Aurelia* está bien y fielmente impreso con su original. Dada en Madrid, a 2 de mayo de 1639 años.

El licenciado Murcia de la Llana



## TASA

Está tasado a cuatro maravedís cada pliego en papel; en 16 de mayo de mil y seiscientos y treinta y seis.

APROBACIÓN DEL PADRE AGUSTÍN DE CASTRO, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, PREDICADOR DE SU MAJESTAD, CAFILICADOR DE LA SUPREMA INQUISICIÓN Y CATEDRÁTICO DE POLÍTICAS EN LA REAL ESCUELA DESTA CORTE

Por orden de Vuestra Merced he visto las *Soledades de Aurelia* que escribe don Jerónimo Fernández de Mata y, además que no tienen cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres, que es lo que pide la censura, añado su mayor elogio, que es hermano del primero que estampó, que tan bien dichos y sentidos desengaños, sentencias de la escritura y de los padres tan reducidas al intento, vestidas de estilo tan elegante y escogidas con tanto acierto, no me parece las juntará otro que el que dispuso aquel. Allí puso deseo de más obras suyas y aquí, con nuevo manjar, despierta el deseo de más mantenimiento; y si todos los libros usaran atender a la verdad de la sentencia y al desengaño como este, leyéranse con igual gusto aun de los ociosos y no se estragaran las costumbres, sino se promovieran al ejercicio de virtudes, no solo filosóficas, sino cristianas. Es dignísimo de la estampa, y entre los desengaños que da podría cobrar uno, que libros desta calidad no pueden ser molestos, aunque sean mayores. En este Colegio imperial de la Compañía de Jesús, de Madrid, a 10 de mayo de [1]638.

Agustín de Castro

APROBACIÓN DE DON ALONSO DE GUEVARA Y ARELLANO,  
CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO

Muy poderoso Señor,  
por mandado de Vuestra Alteza he visto este libro intitulado *Soledades de Aurelia*, por don Jerónimo Fernández de Mata, en el cual, después de no hallar disonancia a la verdad de nuestra santa fe católica ni embarazo a la dirección de las buenas costumbres, juzgo que el autor –estudiosamente advertido– ha logrado el acierto a que deben aspirar los que exponen

sus escritos a la común censura de todos, pues en la ceñida precisión deste discurso cifra dilatados desvelos de mucha erudición, desempeñándose de la obligación en que pone Horacio al que pretende generales aplausos, pues todo lo consigue quien hace gustosa y debida unión de la utilidad y la dulzura, suavizando con los halagos desta las severidades de aquella. Es trabajo digno de la estampa, esto me parece. Salvo, etc<sup>20</sup>.

Don Alonso de Guevara y Arellano



#### SOLEDADES DE AURELIA

A una excelente virtud y ingenio nunca dignamente alabado y, como divino, poco a los hombres manifiesto, ilustre señora, gloria inmortal de su patria.

Soledades, que han de ser dichosa población de favores, cumplan con la propiedad ofreciéndose a Vuestra Merced tan sola en apetecerlas, que, si la corte lo sabe (o por caso nuevo ha de solicitar este milagro o por imitarle, apetecerle), fui persuadido a dedicar este libro a personas grandes; es de saber que la verdadera grandeza consiste en el merecimiento propio, y el de Vuestra Merced aumenta nuevos títulos a sus calidades. Ya, pues, cuya oculta estrella siempre tuvo suspenso el último empleo de mi inclinación y, en conociendo a Vuestra Merced, fue luego ejecutado, no niego la indecencia de ofrecimiento tan corto si no se escusa con la naturaleza humana, amiga de estimación, aunque se conozca y vea no serle debida. Suplico a Vuestra Merced –pues tanto desprecia lo que el mundo sigue, pues a imitación de Aurelia vive retirada y en soledades se deleita–, si algunas de las mías troncos inútiles juzgare, si blandas flores en otra parte viere, sea servida poner aquí los ojos que las honren, allí la mano que su emienda escriba; lágrimas tienen y suspiros, mas, con ser tan simples, usan esta industria, que donde temen que a Vuestra Merced no agraden, en lugar de otro adorno piedades pusieron, ternezas colocaron.

Don Jerónimo Fernández de Mata

<sup>20</sup> Se abrevia la fórmula latina "*Salvo meliori iudicio*" ("Salvo mejor juicio").

*Soledades de Aurelia*

Don Jerónimo Fernández de Mata

Soledad discreta es dulce refugio del sentido, reparo de las potencias que corrieron naufragio en el popular golfo lleno de accidentes, cuyos principios, si algunos se mezclaron con deleite, los fines rara vez fueron sin llanto. Vida retirada, gózase y no se siente. Pocos abrazan el silencio, por no ser muchos los desengaños. Inclínase a las voces el oído ignorante, locura natural en las frecuentes poblaciones que a soledades no alcanza. Si retratarlas fuese nuestro asunto, acaso les daríamos adorno suficiente que su variedad explicase. Escribimos lo que enseñan; lo que en sí contienen dejamos o bien de paso tocaremos. Estos breves discursos son para mí sola: ninguno de su defensa cuide sino la favorable invidia, que ella los pondrá en más alto lugar que pretenden. El que gustare se apasione sobre si es o no impropio que una mujer acierte lo que dice. Quien en esto se desvaneciere, sabrá que en soledades no se dan satisfacciones. El necio en todo tropieza; el prudente conoce la verdad; ella le mueve, sea por voz imperfecta, por modo inculto sea.

Esta soledad adonde vine huyendo no importa referirla; basta que mi juventud (dejemos la hermosura) por varias relaciones tiene alguna noticia deste mundo. Criada fui en la corte, bien que sus costumbres contra mi inclinación obrasen poco. Dar causas para dejarla sería digresión impertinente; no daba paso en ella que una razón no viese de evitarla. Mas, si acaso mujer curiosa distrayendo el juicio haga varios discursos sobre mi desengaño, deténgase, no sea mayor el peligro de su imaginación contra mi inocencia que el cuidado en que ponerla pudo la curiosidad. Esto es lo que quiere saber.

Yo tenía una amiga, ilustre en sangre, generosas costumbres, no menos que hermosa prudente, ornato que con la exterior belleza raras veces concurre. Sucede hallarla un día sola, puesto sobre la mano el rostro, que con blandura llora. Deténgome, da un suspiro, mirándose al espejo que delante tiene, adonde se contempla; y así su voz llorosa le dice:

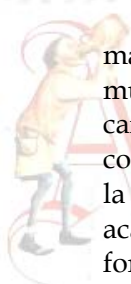
-Lisonjero mío, el tiempo que la hermosa es flores, tú permitas no vea yo atenuado su color, no lánguida su gentileza. Olvídate de representarme algún día esta mi ardiente tez en la declinación de su luz; sea, sea continua primavera en clima constituida que mudanza ignore. No vuele el tiempo, cortémosle las alas, ni a mi llama reciente toquen sus leves soplos. Mas, ¡ay, discurso, adónde vamos? Fuerza es que el río al mar se restituya. Toda esta pompa en templo del deleite colocada, ¿quién podrá hacer que no prescriba, pues solo es una joya en mi poder empeñada, ni más el gusto, que lo que durar pudo el empeño? Estoy mis bizarrías contemplando. ¿Qué contemplo, si por fuerza me obligan a saber que no me muevo y me van llevando con tal ímpetu que toda soy de lo que soy ausencia? Ejemplo tengo en una rosa que al alba presumida, a la tarde se mira despreciada. Vio a su pie descompuesta la misma cara que al nacer el sol había pulido: hoja por hoja se la esmeró naturaleza. La más constante fábrica desvanece sin golpe; no hay metal tan rebelde que a porfías del tiempo no envejezca, preciado artífice de ver las obras que fabrica derribadas. ¡Oh, vanidad, que a estos ojos sueles llamar estrellas! Creyera tu lisonja, a no ver que su llanto es tributo de condición humana. Vano el cielo, cuyas estrellas lloran desengaños. Querido espejo, mi edad te pide que, pues no sabes ocultar imperfecciones, tu pureza la instruya, mas no ignoro que si ahora florece también flores y espigas, en término de un año murieron; curso natural de su vida, si ya algún accidente cuando en mayo se alegran no anticipa los términos del hado.

Llega un lienzo a los ojos, prosigue el sentimiento, cuando delante me pongo. Palabras de amor, blandas caricias la digo: ya la halago, ya la reprehendo. Ella me corresponde, aunque el

semblante fuerza. Pregunto qué dolor la agrave, qué cuidado la aflija. Responde que lo ignora, y añade:

-Este corazón -poniendo en él la mano-, este a un grave mal me llama. Sabiduría eterna, tu decreto se cumpla; mas luego, ejecutado, retírame del mundo.

Nuestra amiga ausente, aquella su modestia grave, gracia compuesta, imagen de virtud en tiernos años, creo que nos la oculta mortal sueño, ni es contra mi sospecha esta carta:



Cualquier rigor de sol o yelo tiene en las recientes plantas más dominio. Menos es mi mal, según mis médicos, que dicen lo que saben, no lo que ignoran: esto era remedio de muchos. Siento en mí la experiencia, pues cuantos usan son por costumbre a la fortuna encargados, no con la enfermedad discurridos. Si alguna pena tienes, apártala de ti, pues, así como el amor de la vida no se ha de despreciar, también se debe disminuir, porque llegando la ocasión no hallemos impedimento en hacer luego lo que alguna vez se ha de ejecutar. Si acaso te faltare, llora la amiga que pierdes, no la ausencia que hace, pues en camino tan forzoso ninguno al fin se queda. Ir yo delante no debe entristecerte; que llegue a la dichosa patria: esto pidas al que mide sus eternidades con los merecimientos. Si por ellos se alcanzan, no las consigo; si su piedad me mira, soy bienaventurada y llorar me entonces tendrá parte de invidia.

A esta carta sigue el efeto temido, el dolor imaginado. No puede aquella dama reprimir la pena. Primero helados los sentidos, luego ardiente el afecto. Yo escuso el consolarla, antes me impiden dos dolores: este que miro y aquel que le ha causado. ¿Qué haremos en suspensión tan triste? Corto es el remedio de las lágrimas. Lloramos, que el llorar no importa; mi amiga está brotando sentimientos; mal se resiste, sálenle a los labios tales sus gemidas razones.

Dios, socorro universal de tristes, anima mi flaqueza en este infeliz caso. ¡Ay, amiga! Perdona que en tu fin no te asistiese mi llanto, mi pena no te acompañase. Ya, pues, que gozas de la mayor franqueza en olvidar ofensas, perdona, que la indecencia de dejarte en tu último aliento la penaré llorando con la memoria grave de mi culpa; mas tú, señora, pues trocaste por sosiego eterno el gusto apresurado desta vida, ni en tanta unión de amor injurias prevalecen, las mías no te ofendan. Cuando todos con señales tristes traen a la memoria sus difuntos, cubriendo los sepulcros con funeral adorno, verás que con ejemplo de mayor lealtad cubran mis ojos el venerado túmulo en que yaces, sacrificándote sus lágrimas. ¡Amada mía! Dichosa tú, que los embates del mundo ya no te ofenderán adonde vives; lejos estás de adulación y vanidad. No hay en la gloria cuidados; no se favorece la fortuna; no verás padecer el que merece, ni aventajado al inmérito, en silla el desagradecido; no se conocen pretensiones; no se hace humillación al secretario misterioso, reverencia al ministro tremendo; no se confunden las acciones; cada uno tiene lo que le toca, la justicia perfeta, las honras por sus grados. Tú, alma dichosa, a un solo bien estás atenta, transformada en quien amas, de cuya esencia pende la eterna gloria. Acuérdate de mí, este llanto te mueva. Suplica a la Divina Alteza que me lleve contigo; y para aligerar el peso que impedirlo puede, no más ostentación profana; mueran cuidados sin fruto, acaben galas superfluas, aseo necio, puntualidad cansada, regalo peligroso. Todo se rinda a la verdad, todo al desengaño. ¿Qué miro? Murió mi amiga, ¿qué espero?

No fue tan poco activo este dolor que otro algún pensamiento le divierta; su juventud, sangre, riqueza, todo con desdén lo mira; en mayor felicidad afirma sus deseos, obra según conoce, estrecha religión ama. Yo, cuyo espíritu a semejante ardor no llega, sigo soledades, valiéndome este ejemplo un conocimiento propio en que firme no estaba. ¡Oh, muerte, que una amiga me llevas y otras dos restauras! Si vieres que de ti me olvido, ven a mi memoria, remedio, aunque espantoso, que asegura salud, libre de corrupción, que no puede a destemplanza rendirse, alterarse no puede.



Soledades mías, preguntadme si vivo contenta en vosotras; la fe que os guardo y el modo que tenéis en persuadirme satisfagan. Agradecida soy, no quiero aplausos, gocemos, mis sentidos, la paz deste silencio, aquí donde los días no se confunden con las noches, no pasan las obras de la luz a las tinieblas, ni estas con aquellas se envuelven. Corre por sus periodos el año; las cuatro partes de que consta se dan a conocer por sus efectos. Los primeros, templados, llenos de verdor y alegría, que las fuentes derraman, las flores manifiestan; los segundos, ardientes, que la mies enrubian y a los templos en cruces de espigas con alegres bailes se la ofrecen; los terceros, poco limpios, llenos de embriaguez contenta, que a todos con la taza convidan, ni hay pasajero que inobediente sea (el mosto aún en la barba, en la mano un racimo, prosigue su viaje cantando); los últimos concluyen con estas opulencias, entre temblor y hielo las ocultan, todo es desnudez, escaso el sol: hasta que vuelva a levantarse, ni se le atreven nieves, aguas, vientos.

¡Vida propia del alma, qué mal te perdiera yo en la corte, perjudicial intérprete de mis afectos! Callando me llama necia; retirándome, vana; entristeciéndome, loca; alegrándome, fácil. Vosotras, Soledades, no profesáis malicia; dichoso el que os conozca y persevere las horas del descanso dilatadas, el bien que da sin temor con señales de eterno, pues lo abstraéis del mundo. Fabulosa invención, que llaman corte, alábate aquel a quien la mortal bebida de tu engaño hizo adormecer su razón; no la mires, Soledad amable, tú eres destierro gustoso de prudentes; ella, lugar común de desterrados. Mal te entallan sus ficciones, aquellas ceremonias llenas de arte prolijo, que bien las ríes y desprecias. Nunca doraste lo que naturaleza hizo simple. No sabes compuestos de materias varias, quintas esencias de gobierno, ¿quién vio que las alambicases, ni atendieses al grado de prudencia que tal obra requiere, ni a purgar la malicia que le daña? Eres toda distinta, patente a la razón. Alabo mi suerte, que me hizo entender ajenos daños para evitar los míos. Cuando pude, quise venirme a tus verdades (¡oh, buen hado!) antes que al querer poder faltase, y aquella es desdicha que pone fin al remedio, fin a la esperanza.

Respiremos, Soledades pacíficas, vuele al cielo el discurso; contemple su divina fábrica, obra de arquitecto infinito. Aquí donde las lágrimas parece que se os deben, ni tienen embarazo los suspiros; lloremos, corazón, que, cuando en vos no hubiese culpa, basta el riesgo de la naturaleza; este peligro de andar conmigo propia llorad. Dulces ejemplos de virtud, mucho importáis a la enmienda de mis imperfecciones; asistid en mi alma, encendedla con vuestro sacro ardor aquellas de mi género que triunfáis con dos palmas: una de invicta sangre, otra de intacta honestidad. Todas las que enmendastes vuestros yerros con castigo admirable, con llanto verdadero, dadme la mano, ponedme en el camino que llevastes.

Vos, dama hermosa, espejo de dolor, por flaquezas que tanto ya llorastes, lloroso espejo de la luz, vida y verdad; vos, ilustre honor de soledades, favorezcáis las mías. Caiga sobre este pecho alguna lágrima de aquellas cuya eficacia rompe en un punto la tierra de su culpa; siembra, llueve y coge inexplicable fruto. Adorada mía, célebre población de soledades, ¿qué amor divino es este? ¿Qué contempláis, espíritu dichoso? ¡Oh, fineza regalada, qué atención de ojos, qué gemidos dolientes, coloquios secretos, alma en el que amáis, memoria en retratarle, entendimiento en persuadirle, voluntad en solo obedecerle!

Amorosa del cielo, no menos fuistes industriosa que amante; destrenzáis el cabello, primer paño de pies que un puro amor ha imaginado; mas allí os inspira que también uséis dél como prisión en que gusta estrecharse el mismo que os absuelve (y vos no le soltáis sin que os perdone). De tan diestro lazo os pido alguna parte y para el mismo efecto. Bien sabéis, discreta peregrina, que tales redes se han de ejercitar en soledades. El celestial despojo que pretendo, aquí parece que más se manifiesta; es león, ya lo veo, aunque cordero, quién lo duda, si de haberle ofendido, justo dolor precede; y a tanta mansedumbre, vuestro cabello basta. Divina solitaria, indigna soy deste favor, inspiradme a lo menos alguna virtud vuestra. Diréis que amor la enseña; así lo entiendo; mas merecer amar, esta es la suerte.

No lejos del sitio que frecuento, habita un varón, venerable ermitaño, de virtud conocida, a quien la abstinencia tiene macilento, sin humedad los ojos del continuo llanto, la piel toda arrugada, poco menos su color que etíope, cano cabello y barba crecida hasta la cinta, un saco de áspera materia y de duras cortezas, una soga que al cuerpo se le ajusta. Llévame a verle un deseo de comunicarle. Es su ermita natural un peñasco roto, por cuyas aberturas entran silvestres árboles; las raíces que entre la peña se revuelven le muestran más extraño, ni tanto de inclemencias le defienden que todas con parte no le alcancen. Lo interior donde parece se recoge es apenas con luz, cuanta hacer fuerza pudo por la rotura que una rama de infecunda higuera, con antigua porfía, cerrar quiere. Corre allí cerca un arroyo: su templado ruido es voz de aquella soledad; las aves, respetándola –o por no divertir a su abstimente habitador–, lejos de allí se apartan.

Llego<sup>21</sup> a este sitio, atiendo a su fábrica, admírame el silencio y lo que representa, que es un temor con esperanza, un conocimiento de la Omnipotencia, un secreto que convida a eternidad. Así, divertida, veo venir al que busco, todo encorvado, los pies poco firmes, que los ayuda un báculo. Cerca de mí llega, y aún el rostro no mueve; al fin me reconoce; párase dudoso, como maravillado; sálgole al camino, él me saluda, yo le correspondo; la causa me pregunta de haber allí llegado:

–¿Quién –dice–, si no eres ilusión, te trae a esta aspereza en la flor de tus años? No son para tus plantas estas piedras, estas rusticidades para tu aspecto noble. ¿Qué desdén de ti propia o, por ventura, cuál conocimiento te encamina a estos montes? No hay aquí regalos, crudo manjar es todo; no camas compuestas, suelo inculto es su pluma; no tapicerías costosas, robles son su ornato; no estrados preciosos, secos helechos son su gala. Si perdiste tu camino, dime adónde le llevas y podrá ser guiarte; tu intento me declara o parte sin decirle deste pobre hospedaje, que ni te puede ser mi vista grata, ni la tuya decente a un tronco inútil.

Así diciendo, levanta al cielo el alma y, gran rato elevado, estremezco de verle. Vuelve como de un sueño, alienta mi temor, que con palabras breves a su recelo satisface:

–Tu virtud, que cuanto más la ocultas tanto se dilata, me trae a conocerte; no soy aldeana, mayores calidades tengo. Nací en la corte y ella me ha criado: este bien la agradezco dejándola, que el nacer es de naturaleza, mas para obrar como se debe no basta haber nacido; diome ser, las costumbres no pudo, que de virtud propia proceden. Ves aquí lo que saber deseas: desengaños me traen a soledades. No habrá quien de este intento me remueva; menos ahora, que alguna vez de ti podré ser instruida. Yo te ruego, pues viste mi obediencia al responderte, animes mi propósito, refiriendo, si es lícito, por cuál discordia de sucesos, por qué varios casos esta vida escogiste.

Él, sin tardanza, mandándome sentar y con dificultad sentándose, en tal forma discurre:

–Largo decir sería contarte aquí por orden la historia de mis años; los que fueron sin culpa se pasaron en llanto; los del conocimiento, en caer; los del desengaño ya son en levantar. Nací noble, mi inclinación me pidió armas: díselas. En el primer ardor de las hazañas, cebada ya la valentía en la gloria, raro es el discurso que de otro bien o mal se acuerde. Ver estragos, ruinas, no importa. Preténdese la muerte con favores, no hay más que encarecer, y aún se llama cobarde el que para morir se prevenga; locura sobre todas no menos que precipitada, gentil con necio título de osada bizarría. Voy siguiendo la guerra, cuando sin pensar envejezco. Reconozco mi estado mal seguro, tiempo de retirarme, de recoger tantos despojos de alma derramados. Años ha que en estas soledades vivo, las consideraciones de venirme a ellas no sé si te las diga. Póngome a discurrir un día en los varios sucesos de los hombres y cuán cortos intereses les obliguen al desdén de sí propios.

»¿Qué premio juzgas movió mi corazón a algunos hechos temerarios que emprendí cuando soldado? Una preeminencia aparente, toda viento. Si la honra del mundo fuera tan honrada

<sup>21</sup> Tanto en *M* como en *M2* presentan la lectura 'Llega'.

que de los daños que hace asegurara un galardón perfeto, yo con mi vejez volviera a defenderla. Es su trato cebar a los buenos con fingidos bienes; dáselos. Mas ¿cuál tributo en ellos? Dígalo un honrado. Atención, si descompone los pasos, si cumplió con la autoridad, temor si le miraron, recelo si le oyeron, el traje que no puede sufrir está obligado a padecer por la honra los excesos en vestir, el desorden en comer, tanto pecar como de aquí resulta, verás que trae origen de la honra, no verdadera, no real, que esta muy poco es conocida; solo aquel la alcanza que en los preceptos de Dios sus observancias sigue. Honra profana, pintura al temple, que cualquier accidente te desluce, dichoso a quien ya tus leyes no obligan. Gran tiempo sobre mis hombros tu grave peso tuve. Di con él en tierra por favor divino. ¡Oh, vasallaje lleno de miseria! ¡Un loco te levante, un necio te estime!

»Otras causas a elegir este estado me movieron; creo fuesen tales algunas. Conocer que errar de malicia es intolerable y el mal celo, cuchillo de la república. Vi de uno y otro mucho que sufrir no pude. No hay cosa que tanto destruya como la desigualdad; este fue gran motivo para huir las cortes, donde la proporción pasa por voluntad de la fortuna y allí pierde su forma. Galardonar lo pasado es virtud, lo venidero, granjería; rara vez vi suceder lo contrario; que pasada la ocasión del beneficio, la memoria del premio es negligente y va dando excusas a la obligación de haberse reducido a torpe ingratitud. El corazón falso siempre se muda; muchos conmigo lo mostraron y, porque disimular engaños es culpa cuando algún fruto no se espera, renuncio aquella servidumbre.

»Señora, entiende bien lo que ahora digo. Miserable es el tiempo cuando tener razón no da confianza. Esta desdicha fue mi eficaz desengaño; no sé lo que ahora corre, entonces tal se usaba. Enmudecíanme las pretensiones, viendo que siempre por los oídos, no por el corazón de aquellos que ayudarme pudieron, era despachado. Entre malos juicios, muchas veces las culpas quedan con loor; este es un monstruo muy usado por su privanza con personas grandes, y uno cuyo espanto conmigo dio en este silencio. La ambición no oye razón ajena. ¡Cuánto pudiera yo decirte ahora que por mí pasaba! Nunca fui oído; según esto, o mi razón no lo era, o todo ambición donde llegaba. No creí en mucho tiempo el mal que iba experimentando, mas no sé cómo la luz que el mentiroso intérprete de mi deseo quiere ocultarme entonces, con otra que el cielo me propone descubro y ella me restaura.

»Dije mi profesión, preguntáste me la causa de estas soledades y respondo que si desengaños han ocasionado las tuyas, las mías desengaños. Al rey muchos servicios, a Dios ninguno; ver que la mayor potencia humana, si caigo en daño eterno, es para librarme inútil; considerar que todas las riquezas, siendo pleito eterno del hombre sobre cuál más tenga, y corriendo de unas a otras manos con la solicitud que vemos, ni dellas hay noticia, ni entendimiento humano sabrá quien las posea. Desde que yo vivo, ¿adónde estáis, riquezas, que cuando nací estábades? No es menester ir a otros siglos, ellas nacen y mueren con los hombres. Las monarquías lo saben, sus ruinas que fueron opulencias. Un árbol que se seca, cortarlo es el remedio para que reviva. Yo así, viendo llegar el término forzoso de mis años sin haber dado algún fruto, destronco pensamientos vanos, esperanzas locas, pretensiones necias. En esta soledad retirado, apresuro ganar lo que perdí. Tú, que oíste mi discurso y en la juventud has dado ejemplo a mis canas, confuso me dejas. ¿Qué puede advertirte el que de tu elección discreta se halla aconsejado? Confirme Dios tu intento, que, pues su grandeza te inspira, sin duda sabes que un mismo filo corta encina dura, delicada flor.

¡Ay, Soledades, lo que habéis oído, vengan vuestros vientos suaves, y si algún contagio de mundana gloria en mí se halla, purguen su veneno! ¡Oh, varón prevenido, tierra tomas al zozobrar la nave de tu vida! Bien discurrirte, prudente juzgaste. Muchos en tu presencia murieron con violento fin; qué lugar los oculte, a ninguno es manifiesto; mas si hoy a muchos destes les fuera permitido volver a la ocasión de su daño, ¿qué elección hicieran? ¿Cuán distantes asuntos abrazaran? La discreción es considerar a un inhabilitado de remedio, juzgando cuánto le estimara, siéndole posible, y obrar entonces como aquel, si pudiera. ¡Esto

haces, eremita soldado! Dar a tu rey vitorias fue obligación y esfuerzo; una, a ti propio, prudencia laureada. Hago a tus palabras debida humillación, que mi intento esforzaron. A llorar me mueves, viejo venerable, que es mucha la aspereza en que vives. Menos le oprimas, Soledad, aunque el guerrero valeroso ya conoce las armas, y estas –que a empresa celestial le llevan– tanto se la facilitan cuanto más las siente.

Desde esta peña, mi atalaya, que todo el territorio, monte y llano, distingue, veo venir a Nisa, aquella que, habiéndome criado, me dio su inclinación cuando el pecho. Mujer que, aún siendo yo niña, me persuadiste a desengaños, contenta estoy que ahora logres tu esperanza. Si alguna vez entre las damas de mi edad te parecí menos compuesta, allí por señas me enseñaste y en secreto después reprehendiste; si en vestir era superflua, luego el peligro me mostrabas; si por ley de pocos años vi algún regocijo público, tanta eficacia en persuadir tenías que a esta soledad me inclinabas. Sucedió así, mas ¿cómo me detengo en recibirte? Ya llega, Nisa mía, ¿por qué te fatigaste en buscarme? Siéntate aquí, descansa aquí junto a esta fuente nuestra, amiga reservada de fabulosos versos. ¿Cúya es la carta que me traes? ¿De quién es esta carta? Bien dices, ya conozco su letra, mas ¿qué fin mueve a esta señora? Leamos:

Carta de mucha gente a mucha soledad dudó si el camino acierte. Creo que le halla y lees en tus manos mi nombre. Sabe ahora que la extrañeza de tu arbitrio ha tenido este particular defecto, que, aun quien della no habla, la desacredita. Causas ocultas me mueven a pedirte vuelvas a la corte, donde tus amigas te estimamos. En toda parte halla lugar la virtud y, si desengaños solicitas, esta es su propia escuela. Cuando una elección poco acertada conoce que sin nota de fácil no puede desdecirse, estima hallar razones en que funde su primer descuido. Ya te las envío, da por excusa mi importuno rogarte, sea mi respecto el porfiado, como salgas libre y vuelvas a los pundonores de tu sangre. No hablemos en melancolías. Vuelve a las fiestas, que se van previniendo con aparato nunca visto; fórmase una plaza de estraña maravilla. Todo caballero estudia su librea; todo señor, su cuadrilla; nosotras, nuestras galas. No puede oponerse alguna a la que yo te tengo de mi mano. Concorre mucha gente a esta fama; verás ejercitar caballos, ajustar parejas, adornar jaeces. Dicen que una noche tendrá todo el aplauso. Tanta luz ha de alumbrar la plaza, que no se oculte a acción alguna color de vestido ni hermosura mirada; suaves músicas, graciosas comedias te aguardan, y aun todos los poetas escribirán a tu venida versos. Deja llorosas soledades; lo que naturaleza dio a tu edad no se lo quites; violentar los años es confusión de vida, dar madurez de otoño a primavera, vestir a mayo con espigas de agosto.

Esto que llaman policía me perdone si con algún desprecio dejo caer la carta allí junto a la fuente; mas di, Aurelia, ¿cómo olvidas observancias de palacio? Dirán que eres grosera, que ya lo rústico del monte prefiere a la crianza. Una señora título te escribe y dejás en el campo sus favores. Id conmigo, verdades de mi conocimiento, escribiré lo que me fuéredes dictando. ¿Quién podría persuadir a aquella dama que juzga como entiende y así no sabe lo que juzga? ¡Oh, tú, mi habitación limitada, vesme aquí llegar a tus umbrales! El viento que viene de las flores te perfuma, el manjar prevenido no afectado limpia la mesa –y en esto algún afecto–, la cama tal que ni a la corte agrade, ni a soledad desdiga. Apártese de mí todo engaño. Oye, silencio mío, o con más propiedad diga Aurelia, lo que tú respondes al error de una carta, cuyo secretario es material deleite, su razón lo agradable y lo que agrada su grandeza:

Señora mía, yo andaba discurriendo por una destas soledades cuando llega tu carta y las turba; entallada con término de corte, no la conocieron. Si la memoria que de mí tienes al bien que te deseo pareciera, a perseverar me inclinaras. No me estimas como dices, pues a variar tan digno intento me persuades. Son nuestras razones muy opuestas para conformarnos. Dar a las edades sus comunes ejercicios, no lo contradigo; quitarles mucho de lo que piden y no les aprovecha, esto alabo. Ya sé que es escuela de desengaños la corte. Tú la cursas y lo ignoras. Dime, pues, ¿en qué conoces que los tiene, si nada aprendes de lo que sabes? El buen desengaño considérase a vista del escarmiento, mas la enmienda no ha de ser cerca del

peligro. Llámame a unas fiestas y tienes cierta gala que darme; esta te suplico pongas en parte que te diga lo que ahora no crees: sin llegar a ella, sin usarla, verás envejecerse (lo mismo el gusto que pudiera darme).

Desde que vivo en quietud, todo es regocijos. En respondiendo a tu carta, salgo a ver unas fiestas, no tan grandes como en la corte ahora, mas tales que mi voto tengan. Ya sucedan de noche, las veré en el cielo desde el verde término de un prado, estrado a mi albedrío que sola yo le ocupe. Los planetas son damas y galanes; ellas que en sus coches pasean, ellos que corren en sus signos. Mayor novedad tiene que Saturno, el viejo perezoso, huelle esta azul esfera en una montés cabra; Júpiter, en un pez; en un carnero, Marte; el sol sobre un león de una carrera. Mercurio, que a las ceremonias atiende, vuela a todas partes y a sus signos no toca, porque son racionales. Visten todos de luz que no se apaga; de luz son las libreas, aunque algo variada, según las calidades de sus dueños. Ni faltan señoras de gran sangre que la fiesta adornan: Electra, Alción, Celeno, Maya, Astéropo, Táigete, Mérope, y cierto no menos hermosas que estrellas. Podrá ser te causen novedad estas cosas (que acaso no entiendas) y de mí te admires las escriba; no soy yo quien las sabe, son de Nisa, que me las va diciendo, y en su juventud, que fue curiosa, tuvo noticia dellas.

Esta noche es la fiesta, que con el dedo promete me la irá mostrando; si esta ficción te pareciere loca, eso tendrá de cuerda; no hay placer sin algún luto, tú me pintes el mayor que pueda fabricar industria humana, verás cómo su extremo de alegría es ocupado de tristeza. No vamos adelante; en ti propia discurre desde el punto que se divulgó la fiesta; bien sé lo que en esto pasa. Prevención de galas, desvelo en los colores, congoja en parecer mejor, tormento en hallar lo exquisito. ¿Qué arte se ha de usar con el tocado, qué resplandor pula la tez, qué joyas, talle y manos? Entras en un coche con tantos embarazos que ya eres lo menos que lleva respeto de lo mucho que te agrava. Llegas a la plaza, haces alarde de tu pompa, subes a un balcón, empieza el regocijo. Bueno viene el conde, galán sale el marqués, qué diestro es el duque; córrense las parejas, tropieza el caballo de tu primo, cae y desmáyaste. Ves aquí acabada la fiesta. Vuelves a casa, llena de congoja, presto a desnudarte; las criadas te cercan, todas te enfadan, mala me siento, llamen al médico, el cuerpo me duele, vengo molida, acuésteme.

Por ventura, señora, ¿es ignorancia huir estos tributos? No te pido consejo, yo vine a estas soledades desengañada de mentiras, vi su quietud dichosa y abrazela; vencí la dificultad que tú me pones y estoy logrando mi vitoria. Dices que mi acción es tan necia que quien menos la censura, más la reprehende. Ciega vives, pues no sabes que la corte alaba lo que vitupera. Ofrésceme comedias graciosas, poetas y músicos. Bien sabes que comedias nunca las he oído, con haberme criado en toda policía; por naturaleza aborrecí sus teatros, de adonde, si muchos rectos juicios no se engañan, más culpas salen que entran. Allí se facilita el vicio, dase a beber con salva su ponzoña. No quiero me celebren poetas, menos aquellos que su ingenio venden a lo soez del pueblo, a quien encargan la opinión; ruéganle que sus versos favorezca, humíllanse con cortesías al suelo porque aplauda la obra y sucede que con yocosas voces, con espesos silvos, aquella parte burla donde acaso el autor fue más atento, más preciada su pluma; vergonzosa tolerancia por alabanza de pueblo, que es injuria; sufrir su vituperio, que es vileza. ¡Oh, si al tablado esta mi opinión llegase, cuán necio furor de impulso cómico contra ella sus armas movería! Paz profeso, abunde cada uno en su sentir, que cuando este ejercicio fuera amado de todos, no seguirle yo sola era altivez soberbia, mas imitar a muchos en letras y virtud laureados, ¿quién duda que de culpa carece? Si me preguntas, señora, por qué razón a esta holgura no he querido entregarme, respondo que por no oír lo que me pudo ensordecir, ni ver lo que me pudo cegar. De la música te digo que le soy inclinada, mas de suerte que si se ofrece, la oigo, y si me falta, no la busco. ¡Oh, qué larga carta! Acabemos. Tú te gobiernas por opinión; yo, por la verdad.

Tiene este sitio un valle ameno, deleita el alma, atrayendo a sí el entendimiento, de suerte que no deja copiarse, ni dio retrato suyo a soledad alguna; del ocaso le viene su mayor adorno, del viento enviado, que a toda criatura favorece, respiración suave, que varias plantas le

sustenta, dulces violetas, lirios cárdenos, murtas olorosas. Aquí incluye una fuente, cuyo origen no se manifiesta, según concurren a ocultarle yerba y flores. Una antigua hiedra la dio paso, parte que a un hermoso plátano se abraza, parte que caer se deja y hace estrado a sus ondas, que por encima vierten, enviadas al sol luego que nace. En el camino encuentra un ancho círculo de varios árboles, que ya, cuando a ellos llega, parece se le inclinan y su sombra le ofrecen. Concurrieron la saludable tilia, el fresno, que serpiente no sufre, el blando aliso, el tratable sauce, ceñido de su parra silvestre. Eminentes peñas cierran su fría destemplanza al norte; sola aquella parte abrieron que baste a deleitarle en el estío. Este es mi valle, adonde más la soledad frecuento. «Valle de Aurelia», dicen los pastores; soyle, por razón, obligada, pues hallo en él un nuevo ejemplo de virtud que tendrá suspensas estas soledades, tierna materia al que las leyere; tal la han juzgado mis ojos y sus lágrimas, en esta parte justas, no fáciles con nota de mujer.

Voy un día haciendo discurso de lo que veo presente; llego al divino Artífice, que todo a mis plantas lo sujeta. Señor, tal grandeza en el mundo que no es de humano ingenio decirla, tal en el cielo que en corazón de hombre no cabe explicarla, esto que la fe conoce, aquello que a los ojos se muestra, todo es mío, y solo cuesta amaros, amor que tanto ofrezca por que le correspondan. ¡Oh, mortales cuidados! ¿Adónde divertís vuestras fatigas?

Un corpulento roble, que ya por fuerza reconoce los años, vive en lo alto del valle; llego a mirarle de cerca, de lejos ya le había considerado. Abierto tiene el tronco, capaz lo hueco de hospedar un perdido caminante. Esta su grave herida, que del tiempo recibe, no sé qué piedad pudo curarla; piedra y ramas la aplica, que su vida entretengan y el viento por allí no le dañe. Atiendo un rato, reconozco en la corteza unas letras rugosas que apenas se distinguen. Crece el deseo de entenderlas, su dificultad le aviva. Arrimo los ojos, apártome, mudo distancia, hago conjeturas, delecto, formo una razón, no hace sentido, vuelvo a empezar y, al fin, logro el trabajo; lo que dicen es: «Desengaños de Fidenia yacen en este roble». Sin tardanza descompongo el túmulo, sus ásperos despojos quieren resistirse; cueste a mis manos sangre, yo venzo. En lo interior descubro una tenue pirámide formada de hojas secas que en moviéndola cae, y un papel descubre, con la correa de un torvisco atado, la pluma en medio, que todo así junto tiene dudoso el ánimo, y a entender su secreto con instancia le mueve.

Vuelvo a mi albergue el paso; ya el sol declinaba, las aves que de noche vuelan iban saliendo al aire oscuro. Nisa me recibe; refiérala el suceso, mucho le admira, breve es la cena por saberle todo; solas quedamos, ella cuida que la luz no falte; miro atenta la pluma y en el pecho la pongo. Mujer no conocida, perdona si a mayor sujeto tu memoria se debe; discursos de Fidenia enterrados, en viendo vuestro asunto, al roble os restituyo; dejad que ahora os oiga, mayor silencio reina que otras noches. Quien desengaños escribe, présteme su espíritu, darele yo a sus desengaños, después admirando, ahora leyendo. Fidenia escribe lágrimas:

Quien por caso mi discurso hallare, allí le ponga donde estaba. Soy una mujer hija de llanto; mi nacimiento, honroso; mi vida, muerte, hasta que en esta soledad fue vida; los sucesos, confusos, nacidos de resolución temeraria. Célebre ciudad es mi patria, madre injusta que me dio alimento, mas no tiene ella culpa de perdiciones mías. Donde excesos me llamaban, allí corro ligera. En medio deste curso, tropiezo, caigo, y estoy así prostrada, cuando no sé qué luz me da en los ojos. Vi luego mi desdicha representada en la memoria, miro al cielo cuanto basta para reconocerle autor de tanto beneficio, mas de vergüenza vuelvo a la tierra el rostro, atónita cual suele quien de grave caída no tiene por entonces movimiento; mi grande imperfección me humilla. ¡Oh, material belleza, peligro de ti propia! Si alguna vez no te creyeses, ¿cuán fea te verías? Para tanto presumir, muy vanos son tus fundamentos; el menor desprecio te rinde, y adonde eres burlada, allí te inclinas. ¿Qué premio daré yo a tan dichoso desengaño? A vos, autor de la piedad, ¿qué linaje de agradecimiento os podrá ser grato? Aquel creo que para conmovier tiene mayor eficacia, persuasión más viva.

Veis que me voy alargando de mí propia; huyendo voy y en esta soledad me detengo. Desde aquí gemiré como paloma tierna, deseando sus alas para volar a contemplaros. Si a esta ave imitase, mi vuelo era dichoso; ella, de su naturaleza simple, pura, fecunda, sin hiel; su propiedad, gemir continuamente. ¡Ay, mi corazón, tales sean tus gemidos, y vosotros, ojos, llorad, no con naturales lágrimas, bien sí con las perfetos! Aquellas digo que movidas de celestial espíritu mueven el mío a que favor le pida. Clemencia soberana, este don de verdaderas lágrimas te ruego; deme tu larga mano el merecerlas, libra de perdición mi entendimiento, salga el mundo de mi alma y en estas soledades te conozca. Montes que me oís, yo diré por qué razón me valgo de vosotros; esto escribo a las peñas, no lo entienda humano alguno si ya no le moviese a desengaño.

Criáronme mis padres con regalo; era yo sola en su casa, grande el amor que me tenían, disculpando con su afecto demasías, que tal vez aún a mí me enfrenaban. ¡Cuán necios sean los superiores que a prendas tan propias interpretan los yerros! Buen ejemplo es el mío. Doy en presumida, y dicen que era estimación; luego en libre, y afirman que es donaire; de allí en descompuesta, y a la edad lo atribuyen. Vime señora de mí propia, con dominio aparte, razón el gusto, ley la voluntad. Hago concepto de que aquello fuese verdadera crianza y cuando quieren reducirla ya es tarde. El apetito en mí señoreado juzga que otra mudanza de costumbres sea ignorancia de quien me las altera. Mal se disculpa un delito con que muchos le cometen cuando el castigo no tiene recurso a que fue común la ceguedad; no me disculpo.

Regalos, galas, conversaciones, amigas, a término me traen que el discurso me ciegan. No hay razón que al paso se me ponga; doy licencia a los ojos, ellos la usan, y de que sea en mi daño me muestro agradecida. Miran a un hombre, míranle con desprecio. Presunciones mías, testigos sois que es mayor la ruina del más alto edificio. Perseverancia en el mal no es firmeza: dureza o pertinacia la juzgo. Con esta y aquella resiste a mi altivez el que me solicita, como si en medio de su desconfianza no le hubiera admitido mi elección; entonces, cuando con desdén le vitupero, aplaco mi desdén; si me mira, me injuria; muéveme, si se aparta. En esta ocasión, para empleo más digno, un caballero ilustre me pidió a mi padre; viene a mi noticia, y sin otro albedrío recuso las ofertas. Raro pensamiento se me infunde, paréceme no olvidar a aquel a quien yo tengo humillado, haciendo pundonor de volver por mi desprecio. Con soberbia digo: favor es mi desdén y está empeñado. Presto me determino, mi padre instaba a que me case, mi rebeldía repugna, ríndome a toda ceguedad, póngome en sujeción al arbitrio de aquel que no estimaba, conoce el tiempo, revive su esperanza, parece que le obsta el otro (su contrario), no quiere impedimento en los favores, a blasonar se atreve, le quitará la vida, no le voy a la mano, ni le incito, parécele ser tácito consentimiento y el fervor de verse preferido obra con violencia. Muere aquel caballero; su sangre a mis puertas se derrama. Oigo las primeras voces, llega a mí el homicida, ya negarle no puedo, salgo de casa antes que el rumor tome fuerza, llévame aquel hombre donde su turbación le lleva; aquí tropieza, allí se arrima; tienta las paredes, cáesele la espada. Yo confusa le sigo y faltame el<sup>22</sup> aliento, corre por mis venas un yelo, temblando voy donde me lleva el caso. Mi robador se anima y, aunque con la respiración acelerada, mi pavor esfuerza, mas caigo desmayada. Muestra valor entonces, cometiendo a sus brazos este infeliz peso. Así, agravado con el peligro y la honra, salva nuestro daño y en una pobre casa se oculta.

Entre tanto, bien que muy noche fuese, por toda la ciudad iba la fama, y a mí se comunica por un espía oculto que a volver se ofrece con las nuevas; vuelve, y dél entiendo cómo despierta la justicia, convoca a sus ministros, ármanse todos, vienen con luces a mi calle, grande el ruido, ni menos el escándalo. Revuelven la vecindad, empíezase la información, el escribano se alegra, el alcalde examina, todo anda revuelto, lloran las mujeres, prenden a sus maridos, ellos medio desnudos, ellas destocadas a vista del rigor que su pobreza descompone. ¿Y qué es lo que en mi casa sucede? Llega el corregidor, halla allí cerca al difunto, hace corro la gente, lléganle luces, intiman la maldad y a su madre le llevan; doloroso espectáculo cuando en sus brazos le reciba.

<sup>22</sup> M2: Al.

Dan golpes a mis puertas, entra aquella plebe baja y con imperio la mira; escaleras, aposentos, rincones, terrados, todo lo ocupan alguaciles, no hay parte tan oculta donde una y dos veces no arrimen la linterna. Mi padre, a cuya estimación se debe más decoro, quiere quejarse de tanta demasía cuando le dicen que yo falto de casa. ¡Oh, lágrimas! ¿Quién podrá deteneros con tan triste memoria? ¡Oh, culpa mía! ¿Qué castigo te basta? No llora mi padre, el dolor lo impide, quiere hablar y la palabra se le yela, mira mi aposento, tienta la cama, vuelve a mirar, llámame, sale de allí, búscame en el estrado y pierde sin remedio la esperanza.

Cuando se me representa la imagen de aquella noche triste, en que tanta desdicha vieron junta mis ojos, fáltame virtud para explicarme, huye de mí el espíritu y el sentimiento entorpece. Retrato compasivo considerar a los que ser me dieron llenos de amargo llanto; y aquel noble edificio de su honra, que tanto había costado sustentarse, derribado en un punto por una ingrata prenda que tenían. Publico su desprecio al arbitrio de todos, la casa en miserable silencio, retirados los criados, discurriendo entre sí de mi acción libre, alguno que la tendría sospechada, torciendo el rostro y desta suerte afeándola, otro que, juntando las manos y mirando al cielo, daría a entender que nunca tal creyera. Allí la variedad de juicios, reparando en el reciente exceso, no en la naturaleza, de cuya condición procedía.

Fue persuadido aquel hombre a no detenerse en la ciudad; las diligencias para hallarle se multiplicaban, él se revuelve, entrégase a la fortuna y salimos. Era de nuestra parte la noche, iba yo sin memoria, el entendimiento ofuscado, la voluntad no sé adónde, ningún sentido ejercitaba sus obras, no conocía el suceso en que estaba. Entre mí algunas veces, como que estuviese distante, me llamaba. «¿Adónde vas, Fidenia?». Y el miedo parecía esconderme de mí propia. El silencio de la noche aumentaba estos cuidados; así es mi corazón entonces, cual temerosa liebre amedrentada, que en sí misma se estrecha, sintiendo cerca pasos. Al menor ruido tiemblo, los árboles me representan varias formas, al moverse las ramas estremezco. Tal vez con pesadumbre pude alzar los ojos, mirando, si alguna luz viesen de lejos, si cabaña alguna donde mi fatigado espíritu, de tantos accidentes combatido, alentase. Así vamos discurriendo fuera de poblado; ni yo sé a qué fin consentí que a esta mi triste vida sustentasen pastores con su escaso manjar, extraño por entonces a mi complexión delicada. Un sentimiento anda siempre conmigo, que en aquella desdicha procurase animarme, debiendo dar ayuda a mi muerte.

Ya, pues, damos en una pobre aldea, de mi patria distante y destas soledades no lejos; allí me recogen con agrado. Vestime el traje que usaban sus mujeres; todas me tratan con caricias, que les parece traigo pena. Esto pudo durar poco, usando aquel hombre lo que debía, aunque no lo que a piedad era obligado. Nunca él imaginara poder casar conmigo, mas quise yo igualarle a mi persona. Esto, que pudiera moverle, hace contrario efecto y, de otras imaginaciones llevado, sin reparar a qué término llego por su causa (¿quién podrá creerlo?), me deja perdida. Pasa el primer día de ausencia, llega el siguiente y pasa sin que mi discurso pueda atinar si algún peligro le sucediese, si engaño alguno hallase, si fue preso. Diligencias hago que aún a mi patria alcanzan, mas en vano todas: él no parece.

Puesta en tal estado, duélese de mí el cielo y alúmbrame con este desengaño. Tráeme a la memoria mujeres en virtud excelentes que a los montes huyeron. ¡Tú, de Alejandría, cortesana hermosa, tú, la memorable egipcia, cuarenta y más años profeta en soledades! ¡Oh, varonil esfuerzo, valentía invencible, no domada con los dos extremos, calmas ardientes del estío, yelos y nieves del invierno, a todos resistes, aún sin valerte de una peña que a tanta destemplanza repare! Venturosa Egipto, que en tu Tebaida desierta a tanta virtud maravillosa diste soledades donde resplandeciese. ¡Oh, si yo imitase a Emiliana, la valentía de Pitomenia, el llanto de Pelagia, la resolución de Lucina! Esto en mí considerando, llena de suspiros y lágrimas, parece que con nuevo espíritu me muevo a intentar un favor grande, que con tales o semejantes palabras conseguir pretendo.

De un instrumento destemplado mal pueden resultar al oído gratas voces. El vuestro, a melodías del cielo, a consonancias divinas enseñado, ¿cómo dará atención a confusiones?



Vos, que en tan tierna edad tratáis con los desiertos, haciendo religiosa su aspereza, si es vuestro instituto predicar penitencia, concededme que os oiga; guiad mis pasos y como fuistes el primer hombre del mundo que mejor supo mirar en derecho de su dedo cuando con él al celestial cordero señalastes, así guiad mi entendimiento a conocerle (bien que no a tanta luz aspiran estos ojos, basta si fuesen dignos tocarles su virtud desde lejos). Pretendiente soy de soledades, vos un privado del inmenso rey que, sin elevación loca, sin aquella mortal idolatría que los del mundo profesan, oiréis un ruego humilde. Mi memorial va escrito con lágrimas, no le remitiréis a un secretario impertinente, ni estaré yo del cabello colgada, esperando el fin de la consulta.

En las cortes profanas interceden mentiras; en la que tenéis asiento reina la verdad: ella sabe que con todo mi espíritu os invoco. Soledades me inclinan, favoreced el ánimo. Y tú, el desierto que tanto habitador mereciste, desde aquí te venero, no tienes aspereza donde mi boca no se humille; besa tu sacro despoblado, peñascos eminentes, breñas incultas, cerros intratables. ¿Qué yerba venenosa no fue vital antídoto si tu planta la toca? Aguas, que de la altura descendéis al llano por correr descansadas, bajad todas a ver este milagro, que ninguno mayor entre los hombres. Desierto sacro, ya contemplo tu disposición admirable, aquí quebrado, allí entero. Tus puntas relevadas miran las inferiores pretender con ellas igualdad, sin que más moverse puedan. No hay grieta de peñasco sin adorno, aunque rústico.

Muestra un brazo el acebuche, haciendo fuerza para sacar el cuerpo que apretado tiene. El quejigo se halla con más brío y la rotura ensancha. Diversas poblaciones considero, porque en esta montaña se avecindaron lentiscos, hayas en la de enfrente. Este valle escogieron las adelfas, el que le corresponde no hace distinción de habitantes, mézclanse las confusas zarzas hiriendo a los acebos, que en medio se quedaron; y con sangre el madroño de tocar las espinas; el serbal y avellano más abajo temiendo este peligro. Paréceme mirar aquellos lejos, parte ombríos, parte de sol bañados; y cuando ya se pone, tintos de un color como azul que los adorna. Calvas de yerba unas distancias, otras llenas de pedriza blanca, y en medio negras pizarras por lunares; miro aquel silencio religioso que de las cumbres cae y a todo lo inferior se le infunde, donde voz alguna no se siente, lumbre de pastor no se conoce, representación de otra cosa que decir no se sabe.

Ni allí el codicioso cazador podrá tender sus redes a las fieras, que aun mancharlas con silvestre sangre sería violar desierto el más devoto. Todas vivís en paz, corzo ligero, ciervo recelado, perjudicial oso, áspero jabalí. Corred vuestras usadas veredas, que no hay quien por la huella os solicite. Apacentad seguros, bebed sin reparos las fuentes, que reservados sois de engaño, libres de cautela. ¡Oh, respectado desierto! En ti esparce flores el tierno paraíso, flores de fruto, tanto que humano discurso no le comprende. Mas, ¿qué traje lleváis, excelso embajador de la luz? No es la blandura de vuestro pie reciente para sandalia grosera, no una piel áspera para delicadez tan niña, las aguas que bebéis crudas, el manjar silvestre. Penitencia es esta propia de alguna culpa, mas vos santificado, ¿qué tenéis que enmendar? Absteneos un poco del castigo. Singular ejemplo, que a su contemplación llevas los ánimos, séasme favorable en esto que resuelvo. Mi flaqueza conozco, mas estribando en tu poder prometo perseverancia en obrar, de suerte que a tu intercesión corresponda. Válgame la fe con que pido, el sentimiento con que lloro. No induce negligencia mi deseo. Aquel tiene verdadera confianza, que no duda oír el cielo justas peticiones.

Salgo de la aldea con un pobre vestido, voy observando el campo; pasan algunos días, llego a esta parte que hoy habito, entro en sus soledades y, primero que elija la más áspera, no sé qué espíritu envidioso me quiere defender el paso. Iba el sol declinando, cuando un viento se altera, que escurece el cielo, anticipa la noche, gimen los árboles y algunos dan en tierra. Todo es horrenda confusión, las nubes se engruesan, mostrando estrañas formas de espanto, la de un león sangriento, de un escorpión hinchado, de un centauro ligero, de un gigante iracundo, de un dragón violento. Juntanse en una masa negra, que ya no se distingue, grande rumor entre sí hacen, no pueden sufrir el peso del granizo y, para publicarle con soberbio aparato, empiezan sus violentas hachas a alumbrarle, ni diciendo alguna que no la siga el temeroso trueno, una y dos veces repetido. Auméntase mi horror, oyendo aullar las

fieras que no conocí entonces. Su dilatado respirar hiere en las peñas cavas, en los hondos valles, y a mi oído llega más veces que sus gargantas me le envían, con los doblados ecos.

Yo, sin defensa, turbada en varios modos, recogiendo el aliento y en el suelo arrojada, cierro los ojos de temor, mas también me levanto, por ver si algún relámpago me enseñe abrigo; y el que me mostraba, al punto en más tiniebla volvía. Con la mano delante voy tentando; si alguna rama toco, estremeciendo la retiro; si a las espaldas la dejo, pienso que me sigue. Deténgome un rato, levanto el pie para moverme y vuélvome a sentar sin que prosiga. Entonces, llena de temblor contra la densa obscuridad que lo impedía, alzo al cielo los ojos y a su Criador digo: «Señor, que esta tempestad miras, enfrena su soberbia. Para quitar la vida a quien tú se la diste, menos instrumento basta. Mira mi aflicción, mi naturaleza cobarde y que ninguno que en ti fía se pierde. Duélete de mí, que ya me falta aliento, mas, si en esta parte y con tal modo es decreto que muera, tuya soy, no resisto». Si Dios no entendiera corazones, mal expresas iban a su grandeza mis palabras. Oye mi petición, restauro algún espíritu, rompo la espesura, intentando llegar a unos árboles, que con el continuo resplandor había observado. Llego y abrázome al tronco de un gran roble. Ábrese entonces aquel nublado inmenso con más tremenda luz. No puedo resistirla, caigo atónita en una cavidad del árbol y sin sentido estoy así rendida.

Vuelvo en mí como de grave mortal sueño; después de largo espacio, paréceme sereno el aire y estar allí amparada. Con tiento voy mirando si alguna estrella se descubre, veo que ya quietud prometen, que muestran alegría, corriendo aquel deforme velo a su hermosura. Las nubes se adelgazan, desaparecen todas, dejando puro el cielo. Viene el día, levántome, reconozco la casa, salgo fuera, dejo correr la vista, parécenme bien aquellos montes, considero lo que por mí ha pasado (cuán frágil sea la naturaleza humana, qué exceso cometió mi desvarío) y resuelvo no ir adelante ni ser ingrata al tronco que en tanto desconsuelo me socorre. Planta rústica, qué liberal conmigo te mostraste, si mi alabanza en algo a tu favor corresponde, no creas que te falte. Mejor me pareces que cuanto el apetito de los hombres inventa para su descanso, cuanto el mayor palacio cuelga en sus paredes. ¿Qué vale todo, si a su dueño una hora de vida no le vale, de un dolor no le releva, de un pesar no le libra? Árbol simple, contigo me contento, yo vengo a llorar culpas, tú tengas por adorno mis lágrimas.

La virtud más constante debe ser con recelo. Si un temor discreto le falta, peligro tiene de perderse. Cinco años ha que vivo en esta soledad y cuidadosa tanto de mis primeros yerros, cuanto humillada, si con alguna enmienda pretendo que se borren. Juzgar que no hay paso que no pueda torcerse, resolución variarse, es causa de recato en las acciones. Así las mías en este voluntario destierro nunca se confiaron, creyendo que entre seguridades y peligros apenas hay distancia. Esta es la experiencia.

Solía ir a una fuente que un florido valle en esta soledad esconde. Fuente de humildes ondas que mis discursos no impedía. Es adornada de verbenas, ceñidas con ligustros blancos; así la guardan que por parte alguna no se vierte. Ciérranla en medio y ella, en su círculo, deleita ver cómo se ampolla, surtiendo por entre blanda arena, toda en continuo movimiento, impeliéndola el agua. No tiene peña en que romperse, mas con suave modo abrazada una<sup>23</sup> en otra (y oculta algún espacio), vuelve a salir corriendo.

Aquí, pues, llego un día, ¿quién creará este caso? Un hombre duerme donde voy a sentarme; al movimiento despierta, miro al que la causa fue de mi desdicha, trocada ya en contenta suerte. Entre turbada y animosa vuelvo el rostro corriendo; sígueme mi enemigo. «¡Fidenia, Fidenia!», repetía. Acelera el paso, fuerza es detenerme, que delante se pone. La discreción en este espectáculo discurra. Pongo en tierra los ojos, quiere hablar y no puede; admírase de verme tan trocada; llora, suspira, confunde las palabras, empieza a disculparse, deja esto y trata el modo extraño con que allí ha venido, ni la razón concluye por ver cómo sabrá persuadirme. Todo quiere decirlo y nada dice. Entonces yo, con entero corazón, así le hablo:

<sup>23</sup> M2: om.

-No creas que te valgan sentimientos locos. Preguntarte quién desta soledad te dio noticia, cómo sin merecerlo me burlaste, adónde te fuiste, qué has hecho, dar quejas, tratar de obligaciones, sería infamar mi propósito, sería ponerte en la injusta esperanza que deseas. Hombre temerario, deja relaciones, olvida eficacias, que ya murió Fidenia. Considérame bien, doyte licencia de mirarme. Mira este rostro macerado, los ojos marchitos sin viveza, secos los labios, consumida la garganta, las manos broncas, llenas de aspereza, los pies envueltos en raíces de árboles, toda yo como uno de sus troncos. Vuelve a mirarme y póngate silencio este feo retrato. Apártate, no te detengas, huye de mí, advierte que con hablarte injurio la virtud del silencio, madre de imaginaciones sabias. Vete, que yo por no estar sola te dejo; nunca más lo estuve que ahora en tu presencia. Si estas señales de mi desengaño te mueven, seré dichosa, tú afortunado. Déjame llorar mi culpa, no impidas su curso a esta felicidad. Si me imitates, verdadero amor es el tuyo, la verdad sigues, el engaño conoces.

Por ventura oyéndome, o considerando mi aspecto, se resuelve a una acción no imaginada. El rostro a tierra inclina y, después que un rato así le tiene sin mirarme, sin responder palabra, bañado en llanto, que con gemidos mezcla, de mí a toda diligencia se aparta, y ocúltome yo luego en la espesura; combate riguroso, a cuya resistencia fuerza humana es poca, mas vencer sin peligro no merece palma. Fuese aquella sombra, tal he juzgado mi suceso; ni en él paso adelante. Ahora, antes por huirle, si otra vez ocurriese, quise dejar mi compañera fuente, mi roble agradecido, pues, hallándose cerca, en uno de los dos no fuese otra vez turbada. Bien conocí, cuando bizarra, que en las cortes, por bueno y abstinentes que uno sea, o imita lo que otros hacen o bien disimula lo que ve. Ahora en soledades entiendo que el lugar no muda naturaleza, aunque distante de ocasiones, mejor a la razón se sujeta. Batalla es la vida; quién tan dichosa fuese que, para merecer corona, legítimamente pelease. No sin sentimiento de dejar mi casa voy, imaginando qué parte desta soledad más oculta me sea conveniente. Intento este sitio, déjole por aquel que veo adelante, uno señalo y a otro, que parece me convida, llego, cuando doy en una parte tan cerrada de árboles y densa que no sé cómo penetrarla. Reconozco si alguna senda a lo interior me lleve; consigo el intento; miro, entre peñas llenas de pardo moho, un edificio arruinado, historia sin opiniones, en que por fuerza convienen los mortales, pues también las piedras sienten la lima sorda de los años. Por una ventana sale a ver quien soy un enebro erizado, por la puerta un moral con las raíces desnudas, al umbral se pone una sabina medio seca; no hay juntura de piedra sin herbaje, la parietaria y otras de su suerte. Paso adelante, llego a un indicio de jardín que me muestra confusos sus planteles, rotas las estatuas que le servían de adorno, algunas en el suelo, otras medio trastornadas, cubiertas ya de verde vello, ciegas las fuentes, quebrados sus conductos.

No pude sin lágrimas mirar estas memorias, diciendo: «¡Oh, grandezas del mundo! ¿Cuáles son vuestros fines?». Reparo en un arco de piedra, y en la clave estas palabras: «Casa de placer, casa de desengaño». Atiendo que es boca de una cueva; alzo entonces los pies, alargo el rostro y miro que tiene luz por todas partes. No dudo entrar en ella; entro, reconozco su fábrica ya de todo punto caducando, las paredes en torno llenas de pintura, estragada de suerte que con dificultad se percibe. Prolijos son entonces mis ojos, y lo que el tiempo con larga ofensa tiene escurecido quieren ver en un punto declarado. Válgome de las inscripciones<sup>24</sup> que al pie de cada historia se leen, aunque sin parte entera, ni letra que su forma guardase. Pongo cuidado, sacando unas por otras, y esto poco observo:

Un rey valeroso con la espada sangrienta peleando; sus enemigos huyen, no deja caer golpe sin llevarse una vida; hombre al parecer robusto, infatigable en el campo, de ánimo invencible; mas después de sus glorias, el dibujo señala entrar una ciudad llena de militar estruendo, de confusión y estrago; a las ventanas, las mujeres lloran su patria destruida. El rey, desconocido entre la gente, le conoce una vieja desde su terrado, levanta una piedra y encima se la arroja: golpe fatal que el sentido le quita. Cae del caballo, llega un soldado, córtale la cabeza. Tales son las palabras que leer pude: «Ni coronas, ni fuerzas».

<sup>24</sup> M2: inspiraciones.

Adelante se mira otro varón lleno de trofeos, a quien gentes diversas se humillan. Tiene una blanca cierva a su lado, que al oído le llega, mostrando aconsejarle. Sentado a comer con otros capitanes; unos pocos –parece que de envidia movidos– hablan entre sí con engaño, algo adelante descubierto con alevosa muerte, que en el caudillo ilustre ejecutan. El título decía: «Raro sol sin nube».

Allí luego se reconoce una insigne persona, de semblante apacible. Danle obediencia muchos reyes, con su valor y ingenio sojuzgados. Emperador de numeroso ejército, cercado de banderas y enemigos despojos. La fortuna a poco espacio le deja caer de tanta cumbre. Vencido sale huyendo de una gran batalla; entra en un barco, sale a tierra y allí (por la maldad de un rey en quien se fía, según el pintor en la pared señala) le cortan la cabeza dos de sus ministros. Tal el letrero: «Trono en la fama, ceniza en Egipto».

Sigue el pintor estas memorias y presenta al que mira un príncipe de altivo semblante, ardiente en sus acciones; en la una mano un libro, en la otra la espada, a sus pies muchos reinos. Y según muestra el arte, a la clemencia inclinado, lleno de triunfos que la fama publica. ¡Oh, casos de la vida! En el cuadro siguiente se mira presidiendo a su patria, sentado en alto trono. Llegase a él un hombre intrépido, dale una mortal herida, multiplicada al punto de otros para el hecho conjurados. Cae en su sangre envuelto, cubre con decencia el rostro y espira. Las palabras que tan grave hecho señalan son estas: «Poder cuanto se quiere, querer cuanto se puede, no basta».

Luego allí cerca veo un monarca invencible, mozo de gentil persona; en un triunfante carro preferido lleva el mundo delante, derramando riquezas sobre cuantos le siguen. Sus ejércitos, llenos de grandeza, formados de oro y plata. Rey con los pinceles, explicado por singular ejemplo de felicidad y alta magnificencia; luego, a pocas líneas, se advierte sitiando una ciudad maravillosa de bellos edificios guarnecida. Un banquete celebra de espléndido regalo; según son las personas, tales los asientos, grande el concurso, célebre la ostentación. En medio de tan alta fortuna, no falta quien a la bebida del príncipe se atreva, traición a su pureza añade. Un hombre miro que con sabio modo el pintor le dispone, mezclando agua mortal en la salud de su dueño. Sigue el efecto al ánimo dañado, brinda a sus amigos aquel ínclito espíritu, bebe, y aún la copa no acaba, cuando un mortal gemido que del pecho arroja, declara la eficacia del veneno. Todos le acuden, ya es llanto la alegría, a morir le llevan. Las letras que de historia tan digna juntar pude eran: «Entre nada y todo, nada».

Bien divertida andaba mirando esta pintura, mas por estar de allí adelante perdida, me vuelvo a la de enfrente, adonde reconozco un grande emperador que su poder da a un vasallo; el imperio que tiene le señala como que todo se le entrega. Síguese otro cuadro en que los dos están solos; lleva el privado unos papeles que denotan haberlos de firmar su príncipe. Toma la pluma, empieza a escribir, levántala con ceño, no la halla bien cortada y esta sola culpa quiere que a su privado sea causa de muerte. Con primor, el artífice pinta un lejos lloroso donde pone al ministro, poco ha tan amado, y allí le cortan la cabeza. Bien para declarar lo que son estas privanzas, le bastó al pintor decir: «Gloria de pluma».

Síguese otro monarca, pintado ya de noche, con luces en su cámara. Entra un hombre que en otra parte se mira lleno de favores del príncipe. Acaso en aquel punto, que sin recelo llega de perderse, una cota lleva, que descubierta trae. Alérase el emperador, no aguarda consejo y mándale matar; conforme, la pintura le señala colérico y al privado difunto. La propiedad del caso, de una malla ocurrido, y autora la privanza; al pie de aquella historia se lee con tan breves razones a mi parecer las que más dicen: «Carga de yerros».

Ya de allí adelante no hay persona entera, solo un palacio con una galería, y en ella mucha gente por orden viendo jugar a un rey a la pelota. Gran privado le asiste, tal le figura el arte, según aquella majestad se le inclina; juegan, y en otro cuadro que sucede parece contender sobre una chaza y el privado, que en su verdad no hay duda. Aquel propio lugar donde señala es de su vida túmulo; allí enojado el rey manda que muera, y dice abajo: «Lejos o con arte».

Vuelvo a mirar lo que he visto y, suspendida mi memoria en los pasados siglos, considero con qué modo haya el mundo procedido siempre, destruyendo a cuantos le estimaron, a cuantos mayor parte en él tener quisieron. Sin seguridad los príncipes, tragedia los privados; estos con la elevación imprudentes, aquellos con el señorío violentos; unos en la voluntad absolutos, otros, en usar della, temerarios. Nube es un privado, sol el rey que la levanta y la deshace al fin tarde o temprano. Bien afortunada, Fidenia, que de un error sin vista sales a la luz de un desengaño. Mejor se conoce la prudencia en elegir el bien que en apartarse del mal. ¡Ay, Soledad, esto sentiré siempre, no haberte conocido antes! Eres buena por los bienes que causas, por los males de que careces y por los que excusas. El silencio bien ordenado es de mayor excelencia que conversación alguna de los hombres. Tú me enseñas esta virtud, que siempre te agradezco, no quiero más bien que hablar contigo sola. Reinos, grandezas, señoríos, privanzas, ya en esas paredes he visto lo que sois.

¡Oh, recreación arruinada! Mucho me dices que en mi alma guardo; mas, vosotros, esculpidos mármoles, estatuas derribadas, ¿quién de tal suerte os puso? ¿No eres tú el traslado de Minerva? Pues, ¿la sabiduría qué te vale? Escudo y lanza han dado en tierra; apenas<sup>25</sup> tienes forma, señal de algún camino pareces; ¿no es esto decir cuán corto es el saber humano? ¡Ay! Cual estás tú, la celebrada Venus, a las aves sirves de descanso. Aquella hermosura que tiene las historias ocupadas, ¿quién la deja tan sola? ¿Quién en tal desacato no acude a defenderla? Levanta del suelo, belleza celebrada, mas ya respondes. ¿Dónde viene a parar la bizarría? Vos, gran señora, Juno, la del pavón al lado, ¿cómo aquí, desta suerte, a esa media pared volviendo el rostro? Venid, pretendientes codiciosos, corred, que se le han caído las riquezas y su majestad no se mueve. ¿Adónde está tanto tesoro? ¿No aprovecharía contra el tiempo a su dueño? ¿De tal enemigo no podrá defenderla? ¿Calláis altiva, Juno? Concede ser sombra la mayor opulencia, volar cual su pavón, caer como su mármol.

Voy de aquí, salgo a un monte apacible, de tratable espesura; miro lo que desde allí se alcanza, paréceme sitio conveniente, y más que a pocos pasos descubro una antigua cabaña ya deshecha, basta de cualquier modo, y arrimarse a una haya, que su pobre armadura en pie sustenta. Después de muchos días que habitaba en ella, pareciome no ser ingrata al roble que en tan dura ocasión me dio abrigo. Voy a él, y con trabajo en la corteza escribo: «Desengaños de Fidenia yacen en este roble». Entro en lo más íntimo, entre sus hojas los escondo y esto también le escribo:

«Hospedaje mío, que con la edad vas descaeciendo, no soy desconocida, un hombre fue causa de dejarte; cerca de aquí le hallé dormido, temo verle otra vez y guardé la noticia de una vecina fuente, que aun tus ramas, si algo se descollasen, pueden verla. Vive, aunque seas viejo y muchos de tus brazos, por falta de virtud, muestren las venas sin hoja que las cubra. Brote de tus raíces algún hijo a quien se arrime el padre, que mirando sucesión lozana se alegre. Seas tan dichoso que grosera mano te perdona cuando acaso para dar a la llama talare tus vecinos. Sucédate bien todo y en tu anciano ser te consueles, que, después que vives, muchos laureles sepultaste, muchas hermosas plantas, jardines esmerados, huertos pulidos. Cualquier que te mirare se detenga y le convida a ver cómo nacen de un tronco placer y desengaño: este en la parte seca de tu cuerpo, aquel en la que verde sustentas. Guarda esta mi memoria, no sea te la hurten; no lo creo, porque hablar de desengaño es fácil y tiénese por discreción, mas obrar como desengañado, dichoso el que lo alcanza, y en este caso pocos los dichosos. Podrá ser que algún día vuelva yo a ver la prenda que te entrego ahora. Vive entre tanto, vive, crece».

Este es el discurso de Fidenia, una y dos veces leído, muchas considerado. Enciéndeme el deseo de imitar sus verdades, renuévame la voluntad a su perseverancia. Mujer que de una común culpa sacaste tanto mérito, ¿donde podré yo hallarte? Pon en esa tu cabaña una señal donde repare cuando, por estas soledades discurriendo, me lleve buena suerte a la que habitas.

<sup>25</sup> En M 'a apenas', por cambio de línea, deslíz que se repite en M2.

Perdona si tu prenda no te restituyere, mas bien de mi mano trasladada al roble se la ofrezco; pasos quiero votarle por renovar esta memoria, y el voto cumpliré obediente.

Ya de acercarse el día enviaba señales, cuando un sueño apacible venció el grato desvelo de la noche y dormida me deja. Luego, entre aquellas sombras, una hermosa dama se me representa en traje de guerrera, su espada al lado, en la diestra una palma, en la contraria una celeste esfera. Viste bruñido acero, en cuyo resplandor todas las acciones puras de su naturaleza simples se miran lo real sin color afectado. Gentes varias la siguen; unas espiondo sus obras, tapándola el espejo que vestido trae, porque no la conozcan y sea apetecida; otros, con medios nunca oídos, procuraban rompérsele con asechanzas; otros, y estos eran pocos, la reverenciaban, ni a las amenazas de aquellos se movían. Sus contrarios la injurian, vuelve los pies y a unos palacios se retira, creyendo que la amporen.

¡Oh, gran descortesía! No bien su nombre dice cuando la van cercando y, a voz de pueblo, en la calle la arrojan, mas vencerla no pueden; y ella, que no ha menester fuerza, tiene quedas las armas. Pasa adelante, no hay dignidad, no preeminencia, que en oyendo su nombre no se vaya riendo, y de aquellos también que no la pierden paso, unos ilustres, otros inferiores. Rectos ministros, jueces desinteresados. Llega un rico soberbio y, por salvar el crédito, envía un paje que de quién es le informe; vuelve diciendo: «Señor, es una loca». Príncipes grandes, que mostraban tener noticia desta dama, quisieron oírla y conocer por obras a quien por relación parece que estimaron; mas luego algunos monstruos con los semblantes fingidos se les ponen delante, representando varios apetitos que el juicio divierta a los monarcas; no les dan tiempo para ejercitar sus potencias, no para discursos ni atenciones. En esta confusión la sueño y de repente queda sola; póneme la mano en el pecho, hablando desta suerte:

-El blando acogimiento que a mi honor se debía, donde yo le buscaba, me le niegas. Yo, cuyo asiento es en el cielo, salgo vituperada de las cortes. Así padezco, la que entre sabios tantas maravillas hice. Crece en grandezas mi enemiga, aquella sea aborrecible; se opone a mi esplendor, alas toma contra mi poder, fiada en la malicia, que ha dado en defenderla. Si por sus libertades discurro, si por mis opresiones, sería dar sentido a estos montes y a venganza moverlos. Raro el estrado de señora donde no se halla; todas cuando entra la mentira se levantan y al primer asiento la llevan. Es su común adorno un ligero cendal de color vario que nadie le distingue y en otros diferentes se transforma; los ojos de vidrio con industria pintados; es ciega, de modo que la luz aborrece, grande la boca, llena de un oloroso compuesto que su aliento dañado disimule, larga la vestidura, que los pies la cubre con gala disfrazados, mas son de tierra movediza y andan titubeando. ¡Oh, falsa, que cuando ya trastorna corre a levantarla el máspreciado noble! Su brazo alarga, por que se sustente, y blasona que la dio la mano. Soledades, ya que así me tratan las grandes poblaciones, recibidme vosotras. Levanta, Aurelia, tú sigues mi estandarte; resiste si algún asalto tu quietud alterase, ejemplos tienes, a mí te abraza, y lo que por noticia de mis obras determinaste, ahora conocida, acredites.

Fingir sueño dio motivo a muchos para enseñar a otros, que nunca con tal arte vi enseñados; discursos en tinieblas fundados, ¿qué luz pueden dar? Atribuyen cierta reverencia al mentir, como que sirva de respecto y parezca que, sin este vicio, embozada no pueda la rectitud descubrirse sin miedo de perderse. Revelación, al parecer, fue la mía, no inventiva soñada; verdad del cielo, tuya soy, seguiré tus pasos, cual la sombra al cuerpo, cual a su amada estrella la piedra constante que en tierra y mar la mira. Mas, ¿qué quieren decir tus palabras? “Resiste, Aurelia, ejemplos tienes”. Estos conozco, aquello[s] no alcanzo; bien que a un ánimo atento los daños prevenidos sean si llegaren menos graves, y el concepto de que llegan, una atalaya que hace señas al remedio.

Cuando despierto, ya el Oriente blanquea, ríen los prados lo que el alba llora. Bellos celajes miro, nueva suerte de plumas que las nubes usaban, tan raras ellas que cendales del cielo que su decoro cubren parecían acaso retratando sus colores de los que en varias plantas estos campos crían. Juegan las exhalaciones, correrse dejan por el aire y, si acostumbran premios,

allí le pierde la que menos dura; lisonjas creo yo en favor de las estrellas, que perezosas iban deteniéndose como envidiando el día a las flores. Ni es menos ornato el de las aves que con diverso vuelo campean; cantan unas y en una se oyen todas: en aquella cuyo natural no hay voz que no imite irracional gustosa, bien para admirada; otras se encaminan a las peñas, llevando en los picos materia conveniente a fabricar sus nidos; y alguna, ya con hijos, muestra en las presas la caza medio viva con que cebarlos pueda.

Grata recreación del alma, hermosura que toda se franquea, ¿cuál jardín regalado se te opone? Nunca pudieron inclinarme fuentes encerradas, flores con melindre, frutas con alcaide. Recelo si cortaba una rosa, cuidado si el guarda me mirase, esconder presto el hurto permitido. Señor inmenso, magnífico Hortelano, que estas abiertas soledades me permites, adoro tu espléndida largueza, que puertas no pone a sus amenidades. Lejos de cuidados inútiles, en lo que miro contemplando, el día se declara, y yo llevo los ojos a una parte de apacible monte que abre diferentes sendas. Sigo la más capaz, doy con un arroyo quieto tal que piedra no tiene en que alterarse; yerba es su lecho, así corre tan blando que bien muestra cuánto aquella verde cama le agrade. La orilla arriba paseo, curiosa de saber su principio. Vile, y que la grieta de un peñasco le derrama. Encima tiene un fresno, que mucho le hermosea; la igualdad de sus ramas guarda en el modo de crecer<sup>26</sup> una cierta natural crianza que las va deteniendo, sin que a esta aquella se adelante. Siéntome a su tronco, que con saludable sombra me convida.

Mas presto aquella amenidad es turbada, que luego por la parte de enfrente siento ruido. A la novedad me levanto, oigo voces, rumor de cazadores que ya llegan, unos a pie fatigados, otros a caballo presurosos. Laten los sabuesos, que un jabalí traen delante. Él viene colérico, ningún perro le toca, ladrarle norabuena. Triza los dientes, arquea el cerro, los colmillos afila; tales sus puntas, que casi a los ojos rematan, y sangrientos, de suerte que de ellas parecía estar heridos. Mal llagado se mueve, sus contrarios le afligen, y algún diestro montero, con atención la huella examinando, mira qué señas deja de cobrarlo. Oígole decir que en el vientre va herido, mostrarlo así la sangre, porque mezclada sale con la yerba poco antes pacida, si en los pulmones fuera, envuelta con espuma la arrojará, si en alguna otra parte, pura sin diferencia. La montés fiera se rinde, y allí por un violento tiro es rematada.

Entretanto que el duro vencimiento se celebra y cada uno de aquellos cazadores pretende mayor parte en el peligro, mayor en el cuidado de hallarle, conocen que el dueño principal a quien siguen les falta. Ni bien los semblantes de todos a la parte por donde se esperaban se vuelven cuando a caballo se descubre. A media rienda viene y, antes que con los suyos se junte, ya le saludan todos. Ninguno pudiera hallarme si aquel caballero cazador, dando el arroyo arriba (o porque allí más se estrechase el paso o su pureza le moviese), no me viera. Al fresno alza los ojos, conózcoles luego, él me conoce, levántome turbada, apéase, vuelvo los pies, aunque presto su instancia vence mi diligencia. Confuso se halla, yo apenas respiro, acordándome entonces de la verdad que me previno resistiese, si algún accidente me turbase. Esta es -dije- la ocasión; salga la espada del conocimiento, no tuvo Fidenia otras armas. Era el caballero uno de los que el mundo llama «títulos», lienzo en algunos de mala imprimación que no deja lucir la pintura de honra semejante. Parecile bien en la corte; pone los medios que puede para reducirme a su deseo injusto; miro yo con recato sus vanas obediencias, procuro apartar tales demostraciones y no basta. Sabe mi resolución, finge extremos, tengo aviso que trata de buscarme y el modo; pasan después muchos días, mas ahora que delante le tengo, ¿qué dirá su amor loco? Esto dice:

-El nuevo caso en que me veo, si mis palabras desconcierta, puede disculparlas; premio merece una ignorancia que de respeto nace. Quien supo estimar tus desprecios, conoce ahora que como nacieron de virtud, se deben solicitar. No te indignes si un prolijo cuidado, aquí donde mejor su afecto represente, me trae. ¿Quién vio, señora, que a un desdeñado le deje su

---

<sup>26</sup> M2: creer.

ventura en la corte y entre estas peñas se la guarde? Mirarte ahora es con la novedad que suele un ansiado amor, cuya muerta esperanza vio sin pensar el bien apetecido; queda helado, duda, recela y la seguridad en que se halla, teme. Aquel estrecho vínculo, que voluntades bien intencionadas enlaza, que solo el fin inevitable le rompe, este anima mi voz y la despierta, que a tener bastardía, o no tan puro el sentimiento como a tu honesta integridad se debe, ya mis razones, con la mezcla del veneno oculto, también a su autor emponzoñado hubieran, mostrando al declararse una novedad hija de la culpa. No vale tanto un dañado artificio que el rostro no le diga, al tiempo que entre las apariencias del decoro sale envuelto el delito. Deja este modo de vida, por diversos modos se consigue el cielo, no has de ser estremada en esta parte. Una mala elección prueba la ignorancia del que elige. Si algunos en las soledades perfección alcanzaron, fue con áspero modo y a fuerza de divinos brazos. Que a ti puedan valerte, no lo niego, mas virtud que por blando medio se alcanza, su dignidad se tiene, ni adquirirse con suave trato la desluce. Vuelve a tus calidades la memoria, oye mi petición con sosegado entendimiento, lícito amor te persuade, permite que el fin de mi deseo gradúe su principio. Si al espejo te mirases, verías el agravio que te hiciste. Hermosura tan negada a los hombres, ya al aire, al sol, es manifiesta. Recógela en poblado y hazme a mí dichoso, no estrañando ahora declararte apacible, o si mal conforme, por señas satisfagas, que las penas sin palabras se entienden, sin decirlas se oyen.

Basta -le respondo-, detente, y de hermosura ya grosera, no al espejo mirada, estas razones oigas. Sobre principios al parecer modestos fundas tu discurso. Si yo no te creyera cuanto has dicho, mostraba con la duda inclinarme a tus ruegos, que esta suerte de desconfianza mejor supone inclinación de parte del rogado, que del que ruega; mas sin duda todo lo que dices creo, para que así entiendas que sin haber mentido tu verdad no agradezco. Eres, ya lo sé, aquel que en la corte, por variar apetito o por hacer grandeza de tales vencimientos, este mío intentaste. Fueron los principios llenos de aquel ímpetu a que el poder y la resolución del señorío incitan; los medios tales que mi respecto los encubre, aunque contra él conspiraban; los fines, tú lo digas, pues, cuando entiendes que en vano te desvelas y que la industria vil del interés no te vale, prosigues, mas de suerte que las propias acciones me declaran ser tema lo que afición parecía. Hay una voluntad por fuerza de amor, otra por amor forzado. Con esta me solicitaste, no dirás, cierto, que venciste. Si tal injuria a mí me hiciera, ya tú la blasonaras, que en maliciosos corazones es parte de opinión publicar desdichas que en ellos se fiaron. Culpadas quedan las mujeres, por bien que a tales hombres correspondan. Si los admiten, son fáciles; si se abstienen, necias. ¿Quién ignora que en este concepto me tendrías?

»Ya al fin me dejaste, mucho tiempo ha corrido, que libre de tu engaño en estas soledades a mejor afición doy la memoria. Dejásteme, digo, cansado de mi justa resistencia. Mujer que para disculpar sus errores jura que la persiguen y no puede librarse, bien sabe ella que miente, sino que la voluntad rendida presenta para su crédito los testigos que ella le propone. Libre albedrío que de importunado se queja es pintar la culpa. Dices ahora que vienes con intento de perpetuarme en tu poder. El ánimo es loable, y no satisfacerle perdona. Qué razón a esto me mueva, ya, primero que mi soledad intentase, lo tuve discurrido. Maridos sin mujeres, casadas sin maridos, esto vi en la corte muy usado. De aquí nace una común licencia entre todos y a nuestra naturaleza poco mal ejemplo basta. No vamos adelante, vuélvete y escusa inútiles demostraciones; venir a caza, inquietar el monte, prevenir gente. La que te sigue nos está mirando; entre sí confiriendo, dirán que por mi parte el verte aquí fue consentido. Préciaste de señor, y así juzgando que todo se os permite, fías mi opinión de la prudencia ajena más que de tu razón propia. ¡Oh, señores, cuán de estimar sois los buenos, que, con generosas virtudes, a la sangre antepuestas os hacéis inmortales! No te reprehendo, tú te mira y conoce. Mis calidades, gentileza, con otra cualquier gracia que tuviese aquí entre estas peñas han de pasar su vida; ella es tan limitada, tan inciertos los fines, que aun para contemplarlos apenas la mayor edad alcanza. Ande en opiniones mi elección, que quien en la verdad se funda,



satisfacerse a sí propia, hallarse en lo interior asegurada, tiene por respuesta. Esto a Dios agradece, aquello al mundo ríe.

Fuese el pretendiente; decir las circunstancias no importa. Llega poco después Nisa, que mi tardanza siente. El caso sucedido la refiero; no acaba de admirarle y también me dice cómo, antes de hallarme, gran novedad la había ocurrido, que mudando los pasos a diferente parte de aquel sitio viera una cabaña pobre, con señales piadosas.

-Vamos -dice-, antes que el calor te congoje.

No estaba lejos la solitaria habitación, y a pocas palabras que pregunto, pocas que Nisa me responde. Llegamos, entro delante y, en estrechura tanta, veo la corteza ligera de un alcornoque duro, luego una piedra sin parte llana, que, aun pequeño, descanso prometiese. Enfrente, una pesada cruz de dos brazos de encina, espinos la guarnecen y sangre que en las puntas mostraban. Al pie, atado un manojo de mimbres, cuanto la mano abarcar puede, bermejos todos en dura penitencia teñidos. El ejemplo es grande, alta la ocasión para llorar mis ojos y más considerando qué sustento tuviese quien allí habitase. Era un haz pequeño de raíces, parte de un pan áspero del tiempo endurecido. Yo le ablandara con lágrimas, si indecencia no me pareciera, y un cierto temor que me infundía. Mucho estuvimos razonando sobre tales despojos, mucho en quién los ejercitase, mas presto la duda se resuelve. ¡Oh, gloria del cielo, único instrumento que con aspereza te templas, pues con ellas tal concordancia tienes que no oye tu armonía el sentido profano, y toda se la imprimes al enfrenado espíritu! Alarga mis obras a toda suerte de abstinencia, de suerte que, por ella purgada, ligera me levante y, sin peso de culpa, vuele a ser eterna.

Ya el sol elevado en la mitad del cielo tiene iguales los rayos; no hay ave que vuele, todas en siesta retiradas esperando la tarde. Grande el silencio, la atención dilatada, tanto que medianoche con sol de mediodía parece, cuando cerca de la cabaña oigo un suspiro como de aliento fatigado. Póngome a la puerta y veo venir una mujer que espanto me pone: los pies descalzos, sin orden y enhebrado el cabello, envuelta en un silicio de esparto, el color de su rostro, cual la hoja en noviembre al pie del árbol, las manos, más oscuras, a las vetas del ébano imitaban. A su posada llega tan divertida acaso en sus contemplaciones que ya la embarazamos la entrada y el inconveniente no mira, mas luego que escusarse no puede, quiere partir apresurada, sino que su flaqueza se le opone, dándome lugar para moverla.

-Aguarda -la digo-, que no es mi intento evitar tus altos propósitos. Prenda del cielo, no es piedad negarte a los humanos, pues lo que no suelen obrar razones eficaces, acaba un vivo ejemplo. Mujer soy ignorante que necesita de maestro, y la sabiduría que en tu choza he hallado podrá bien instruirme, si la lección que sabes me leyeres. Debe toda virtud comunicarse, haz buen acogimiento a quien hoy por su suerte en tu casa hallaste. Suplícote, por estas lágrimas a que tu aspecto me mueve o, si más te obliga, por el que tu aspereza hace suave, me digas quién eres y la razón de tu venida a esta parte. Consuelo mi alma, perseverancia sus obras, de tu voz esperan.

Obedece la penitente generosa. Nisa y yo la sentamos, y en medio la ponemos. Empieza un tierno llanto con empacho encendida, delicado el aliento que apenas de los labios le sale, y tan breves razones nos permite:

-Lo que ahora soy, intenta borrarle lo que fui. A esta soledad vine muerta, y siéntome a la vida restaurada. Aquí el conocimiento no se mezcla con apetito humano, traerle a la memoria es mi mayor castigo. Dos felicidades logra quien con entero ánimo esta mi hazaña emprende: una eterna, otra el modo de adquirirla. El traje sin observancias de mundo, descuido en todas sus acciones, libre el entendimiento a perfecto fin dirigido, servir al que anticipa la remuneración. Todo este bien, no con tormentos políticos, antes sí con el simple orden de naturaleza. Baste, señora, lo que oíste, no me consientas otro discurso de mis indignas obras. Algún árbol de estas soledades le sabe. ¡Ay, cómo ha de estar seco después que le consiente!

-Luego tú eres Fidenia -admirada respondo; ni puedo diferir sacar luego su letra y mostrársela-. Yo soy -prosigo- quien mereció hallar tus lágrimas escritas, tu dolor llorado. El roble a quien tal prenda entregaste, verde cuando le vi se hallaba, merced de tan fecundo llanto, que aún ausentes tus ojos le sustentan. Bien puede ser que ahora con diferente vida que una planta tiene, faltándole materia tan dichosa, sienta su perdición y seco haya quedado. Perdona si tu desengaño poseo, que al tronco de mi letra he prometido. Guardo el original, tú lo permitas, que nunca hermosa joya un desconforme dueño ha desdeñado.

Deténgome, porque a este punto nuevo espectáculo se ofrece. Penetrando el monte aldeanos vienen, traen en los brazos un difunto ermitaño, otro allí cerca le acompaña y juntos a la cabaña llegan. Conozco luego aquel viejo piadoso (ya en estas soledades escrito), él también me conoce; voy a sus pies, levántome y con fe ardiente dice:

-Ves aquí, señora, qué premio la virtud consiga. Este varón exánime al cielo es trasladado. Cerca de mí vivía; no sé quién de mi estrecho peñasco le dio cuenta. Viene al fin a buscarme, refiéreme su vida, con tal dolor y llanto que en él iba ahogando las palabras. Yo le consuelo y esperanza le doy de buena suerte. Pídeme permiso para tratarme, doysela. Sigue su inspirada penitencia, permanece, sube más grados cada día, raro ejemplo, singular pureza le conozco. ¿Qué diré de sus obras? Baste que ya un alma tan pura hacía soledad al cielo. Anoche, cuando con más quietud va caminando, no sé quién me mueve que de mi peña salgo; miro a todas partes, veo una hermosa luz que llamarme parece. No dudo, voy del resplandor guiado. Llego, y en el breve círculo que más pura deciendo, tal maravilla alumbra, tal prenda me muestra, en tierra de rodillas, al cielo los ojos; más que muerto, dormido. Suave fragancia exhala que todo me recrea. Devoto cuanto puedo le miro; lloro de alegría, hablar es imposible. Así estando entran dos piadosos mancebos, estos que aquí miras. Concibo entonces un cierto temor que no puedo explicarle, ellos me confortan, que bien lo conocieron, inclínanme a seguirlos, levantan la dichosa prenda, ni podré decirte cómo mis flacos pies se hallan robustos, después de tanto monte discurrido. Pregúntoles quién sean y adónde lleven el difunto cuerpo. Responden que prosiga, veré presto una aldea, adonde se encaminan; creo la que aquel monte tiene a las espaldas, digo el que para levantarse más alto pone el pie sobre los inferiores. Aquí han llegado ahora como has visto. Misterios son que no los comprendo, mas, ¿quién habla en mi alma, que me dice ser la ocasión de todo ese bello retrato de dura penitencia que junto a ti tienes? Y siendo así. ¡Oh! Muy digna de veneración por lo que representas, crédito divino de las soledades, rompe a tus altos discursos el silencio y una palabra tuya satisfaga. *Esto el Ermitaño.*

Fidenia, en tanto, mira al que su ejemplo fin glorioso ha dado, y oyendo todos le dice:

-Por ti espero el bien que gozas, si por mí acaso hoy alguna parte consigues. Apresure mis días tu favor, págame la deuda de haber ocasionado la suma alegría en que te hallas. Del cielo eres, segura tengo tu piedad. ¡Ay, culpas mías, apartaos, que con razón parecéis feas al que estáis humillada! Lleváosle, señores, donde más digna reverencia, mayor alabanza le consagren.

Parten de allí luego. Fidenia se retira y, al entrar en su cabaña, de mí, que estoy suspensa, se despide. A la cruz se abraza, no es justo impedirle sus coloquios secretos. Hago señas a Nisa que se aparte. Al llano bajamos; ni anduvimos mucho sin que se ofrezca un sitio que con toda suerte de recreación nos convida, de árboles y peñas se compone. Vase el sol sin que su íntimo secreto reconozca. Los troncos enlazados de yedra, florido y oloroso el suelo, yerba hasta entonces de ningún pie oprimida. Nace allí una copiosa fuente, que todo lo hermosea, baño apacible de las aves, que acechando nosotras vimos, unas revolar por encima, con temor de mojarse; otras, más atrevidas, revolviéndose dentro; otras, ya en los céspedes, componiendo la pluma en tanto que se olean. Entremos, y al súbito asalto se levantan, buscando cada una lugar a su temor conveniente. Nisa me sienta en la más ombría parte, a mi lado se pone y yo atendiendo; así habla:

-Consejo con la experiencia y la razón discurrido, si no resultan dél buenos efectos, es que la providencia humana no puede apartarse de la naturaleza común, cuyos designios tienen propensos los errores; mas si tal vez aciertan, no hay duda ir delante guiando algún favor divino, y este solo aquellos le alcanzan que tuvieron merecimiento, uno para saber aconsejar, otro para obrar el consejo. Los que en su parecer fían, creen ser acaso los males que nacen de su arbitrio; ni basta que los contrarios fines reprehendan esta presunción loca. Permíteme, señora, agradecer al cielo mi felicidad en aconsejarte, y la tuya en oírme, que si esta proporción entre las dos faltara, ni tú tan advertida, ni yo tan contenta, hoy aquí nos halláramos. Raras veces las buenas intenciones dejan de obrar efectos semejantes; cuando no se logran, es por sembrarse en tierra estéril.

»Atribuir a alguno más honra de la que merece es dar motivo a necios para sentir y juzgar mal. En soledad estamos, donde de necios carecemos. El cielo y ellas deste daño se libran. Si tu elección alabo, no es don exceso impertinente, ni apenas alabanza sin testigos engendra presunción. Suele ser motivo de mayor humildad en los discretos. No tengo ya que persuadirte a la perseverancia destas soledades; ahora viste su dichoso fruto. Fidencia le ha confirmado con obras, digna mujer, que por ellas pretende colocarse en el cielo y ser con perpetuidad estable de mundo movable, que ahora es.

»Tienen muchos impedimentos los discretos para ser alegres. No así los necios, porque huyen las pasiones de quien no las siente. Estimo haber sido instrumento de retirarte a estos campos, donde sin tributo se ejercite tu prudencia. De la corte te acuerda, en cuya confusión tantas ignorancias sufriste y ofendiéndote disimulaste. Verás ahora una felicidad, que si sabios te faltan, necios no te impiden.

»El deseo y la afición acrecientan el ingenio, y en cuanto dura el engaño hace obrar cosas que parecen imposibles. ¡Oh, mi Aurelia, libres estamos de ocasiones en que pudiera aventurarse el buen uso de la vida! No son aquí profanos los afectos, ni de su destemplanza nos resultan monstruos. Aficiones y deseos caducos tarde engañan al que la verdad es manifiesta y obra como la entiende. Estos accidentes engañosos andan por los grandes palacios. Allí los sustentan deseo y afición desordenados, cúbreanse con falsas pinturas, prosíguense con velos de esperanzas.

»Todo lo quiere experimentar el que desconfía. Acuérdomme, cuando en la corte estabas, llamarse muchas damas tus amigas, y yo, desconfiando de que alguna lo fuese, diversos modos de saberlo experimentaba; diligencia perdida, pues todas eran a tu naturaleza desconformes y condiciones diferentes. Nunca tuvieron amistad grande; solo es capaz de un corazón quien con él conforma, de suerte que en esta parte poco tendrá que desear correspondencias de aquel tiempo, pues dellas también solías quejarte, no sé si reparando entonces que amistades en virtud no fundadas presto se corrompen, y más donde la malicia tanto señorea, tanto la falsedad se ejercita.

»Siempre nos va pareciendo mejor lo que amamos, no porque crece en perfección, mas creció el amor y multiplicose el gusto. Noticia podrás tener desta verdad cuando solías con instancia alabarme aquellas vanidades que ahí van cebando tu apetito. Vi entonces la moderación de tu ánimo, pues, conociendo que el consejo falta en las acciones propias y sobra en las ajenas, me pedías parecer aun sobre los ejercicios no desconformes a tus años. Ya al fin que de aquel mar nunca pacífico salimos, y de lejos vemos sus tormentas, llámate dichosa y creas que contiendas de la humanidad mejor se vencen huyendo que esperando. Si las grandezas de tu casa se te representan ahora, basta para olvidarlas saber que ninguno –el más habilitado y próspero que sea– tiene privilegio de seguridad en sus felicidades. Todas en la mudanza están sujetas. Riquezas poseídas y esperadas se han de perder en una hora. También la fama acaba, que están muchas sepultadas en las sombras del tiempo: de todo triunfa, todo lo consume.

»Las cosas bien prevenidas, ya efetuadas, no da cuidado el deshacerlas. Dos contentos andan conmigo en estas soledades: uno el acierto de mi persuasión, otro el de tu constancia.

¡Cantemos, Aurelia, la amable libertad que gozamos! Hagan de ti discursos en la corte, que los flacos espíritus, los pusilánimes, reprueban en otros aquellas obras de que son incapaces. Dirán que perdiste grandes bienes y que de ti se lastiman. Es envidia con velo de piedad, así como ciega no les permite conocer que cualquiera estado es bueno, si agrada al que le tiene.

»Cosas he dicho en este breve rato con intento de hablar en lo que tanto te agrada; todo en favor de la verdad, ni esta lo es menos. Gustos que por fuerza han de huir, discreción es huirlos, piérdense presto y atormentan después mucho. Contentos pasados están dando tratos de memorias que consumen la vida. Aquí nos han traído desengaños, ya los deseos al cielo dirigidos se retiraron en parte donde ni apetezcan glorias que hoy mienten, ni lloren las que ayer perdieron.

¡Válgame Dios, qué estremos tan distantes el desta quietud alegre y el ruido confuso de la corte! Aquellas sus novedades cada día, correos de diversas partes, varias relaciones, sucesos indiferentes, alegrías por nada, ostentaciones por poco. En fin, placeres al parecer dignos y en lo interior pesares. Los casos de más nombre, en solo un barrio pierden su certeza; este vecino los refiere espantosos, aquel los reforma y abrevia. Venga el embajador de algún príncipe, muévase todo el pueblo a su entrada; qué admiraciones y discursos entonces, todos adivinando los secretos que trae. Magnífica es la entrada, la nobleza le asiste, allí el tropel de coches, unos con sus dueños, otros adulterados: retrainientos de vicios con ostentación permitida. Salen las mujeres con el traje ajeno y mucho menos casto: instrumentos contra la honestidad que aun a los ojos enfadan.

Pasa un día, y el que dio motivo al concurso, ocasión<sup>27</sup> a muchas madres para levantar en brazos a sus pequeños hijos, que lloran por mirarle, mañana anda sobrado entre la gente. Ninguno allí vive de espacio, el más modesto corre, este en aquel tropieza, pasa adelante, no va en sí el desdichado, delito es el concierto, ley el sudor y la fatiga. Pocos saben en qué opinión se afirmen, anda en poder ajeno el conocimiento propio. Su común engaño forma una cabeza de metal, como compuesta de mágica supersticiosa, reverenciado oráculo que a todos satisface como quieren, y es que el apetito responde; ni basta la experiencia de no tener efeto sus promesas para que admitan desengaño. A ella van los poderosos, a ella los prelados; preguntan estos si mayor dignidad les pronostica, aquellos si mayor grandeza; a todos asegura que todo lo merecen. Créenlo, y en los unos crece la ambición, en los otros la codicia, de suerte que la sagrada dignidad anhela por más mundo y la profana, con su ejemplo, más elevación.

Esto quisiera yo ver en la corte: salir grandes y pequeños a la plaza, cada uno con su merecimiento. Raro espectáculo, pues allí fuera el rumor y voces a tanta novedad como de aquí se ocasionaba. ¿Quién podrá explicar cuántos castigados, cuántos ennoblecidos, qué pobrezas ricas y riquezas pobres, vicios afrentados, virtudes con honras? Toda suerte de ministros, trocar unos con otros los menores beneméritos, con los privilegiados injustos; así los médicos que por fortuna adquirieron una vana opinión entre los títulos, dieran a los doctos experimentados las resplandecientes piedras que en la mano traen; y aquellos que letrados se llaman, intérpretes de leyes, ¿qué hicieran? Renunciar en ánimos sencillos la dañosa malicia de sus exposiciones. Si tal perfección sucediere en el mundo, que todo está en la corte, volvamos a ella, mas no siendo posible,

Cuán bienaventurado  
aquel puede llamarse  
que con la dulce soledad se abraza.

<sup>27</sup> En M 'ocasiona', descuido que se repite en M2.

Aunque árboles y peñas no han oído a Nisa, creo que me miran, pues al rostro me salen los colores, juzgando que aun ellos burlan de que alguna acción mía merezca señalarse. Cubran estos montes mi empacho y la que culpa fue de amor ajeno, no sea en mí castigo merecido. Dejamos aquel sitio, y a poco espacio nuestra habitación se descubre. Allí hablaremos del piadoso caso de Fidenia. Gustos desta vida, ya os tengo notados. Un común peligro os ciñe, en cuyo ámbito os estrecha con tal arte que os parezca esenta libertad. Rindo la memoria a tanta suerte de injuria, como a los mortales combate. ¡Oh, naturaleza flaca, con excesivos pesos oprimida! Las causas de tu ser son tus contrarios, y dentro de tus límites, ¿qué enemigos sustentas? Pasiones propias, sentidos dañados, potencias corruptas, cautiva de ti propia, parte por respetos, parte por voluntaria sujeción. ¡Ay, sosiego de mi alma, crezca en ti esta obra a que aspiramos y el blasón te lleva! Lágrimas son mi asunto, tan dichosas se derramen, que nadando en ellas, movidas de celestial ímpetu, a felicidad perpetua me levanten. Vosotras, Soledades, no dudéis, que todo claro juicio os apetezca si el tiempo os descubriere, después que yo os esconda. No pretende enseñar a nadie mi ignorancia, grande osadía fuera de una capacidad tan poca. Esto parece disculpa de mi corto saber. Callemos, que ya el solitario cantando llama desde las peñas a la noche; caen las sombras de los montes, y cuantos ojos va el silencio cerrando, tantos sobre la tierra abrir el cielo quiere<sup>28</sup>.

Revista de lenguas y literaturas  
ibéricas y latinoamericanas

---

<sup>28</sup> M2: añade *Fin*.